

CIVILIZACION TRADICIONAL PERUANA

UNDECIMA LECCION

EL INCA TUPAJ YUPANQUI

En la lección anterior expuse los argumentos para defender el reinado de Amaru Yupanqui, corregente cuando menos en los últimos años de Pachacútej, y muy probable sucesor suyo por algún tiempo en el supremo incazgo. Los textos que prueban la existencia de este monarca Yupanqui, distinto de los otros homónimos anteriores y predecesor de Túpaj, se hallan en Pedro Pizarro, D. Hernando de Santillán, el Padre Acosta y en la lista preliminar de la **Capacuna** de Betanzos, fuera de Garcilaso. De otro lado, Polo de Ondegardo enumera su momia entre las de los exhumados monarcas. Hay además los monumentos cuzqueños de la Amaru-marcahuasi junto a Tambomachay, del palacio de Collcampata y del jardín de Chacuaytapara, que se atribuyen a él o a su mujer. Agregué como secundarios el matrimonio de su hija, en calidad de Coya legítima, con Huayna Cápac; y en fin la refundición de su **panaca** o cofradía gentilicia con el Cápacayllo de Túpaj, y nó con el de su padre, según testimonio de Santa Cruz Pachacuti, lo que parece indicar, por la irregularidad de la agregación, que ésta hubo de hacerse después de fallecido Pachacútej. Ha de considerarse como un arreglo imprevisto o urgente ficción legal, que no pudo provenir sino del forzado destronamiento de Amaru. Lo causó la tremenda sublevación del Collao, cuyo núcleo estuvo en la región de Azángaro, Asillo y Arapa, al norte de Huancane y del gran lago. Bien se comprende porqué fué la comarca de Azángaro el verdadero foco de la insurrección. Los caciques del Collao que la encabezaron, habían desertado del ejército del Inca al creer-

lo perdido y a punto de disolverse en el Amarumayu; y de allí se regresaron por las selvas de Carabaya. El nuevo Inca Túpaj Yupanqui, tras largos años de esfuerzos, logró vencerlos en la batalla de Pucara; y prendió y ejecutó a los caudillos. En recuerdo de la decisiva victoria, erigió edificios y estatuas, junto a las construcciones y bultos preincaicos que allí existían, de todo lo cual habla Cieza. Los grandes curacas collas que escaparon de la matanza, como Cari el de Chucuito, fueron presos al Cuzco; pero al cabo Túpaj Yupanqui reunió en asamblea a éstos y los demás; y en la misma ciudad de Chucuito les otorgó el perdón, imponiéndoles recibir y sustentar numerosas guarniciones de mitimaes. Volvió en triunfo al Cuzco. De allí salió luego para diversas campañas, sin que sea posible precisar, entre las divergencias infinitas de las versiones legendarias, el orden riguroso de ellas. Lo cierto es que Túpaj Yupanqui padeció muchas sublevaciones de provincias fronterizas y centrales, y algunas de los mismos orejones, como la conspiración de su hermano el visitador general Túpaj Cápag. Prevenido de sus intentos, Túpaj Yupanqui lo mató, así como a sus consejeros y partidarios de más cuenta. A los inferiores redujo a la condición de siervos personales, llamados yanacunas, a diferencia de la gente común o vulgar, **hatunruna**, que venían a ser como siervos de la gleba en sus respectivos ayllos. No es imposible que corresponda a Túpaj Yupanqui, y nó a su hermano y predecesor Amaru Túpaj Yupanqui, haber aquietado la rebelión de los ollantaytambos, que es argumento del drama españolizado **Ollanta**. Estallaron otras insurrecciones en el norte del imperio. Al debelarlas, fué saqueada y destruída la ciudad de Chanchán, capital del Gran Chimú, vasallo infiel; y se rindieron las fortalezas de Jallca, Suta y Levantu, al sur de Chachapoyas. La indómita rebeldía de esta región de los chachas y maynas, frontera extremadura o **marca** oriental del Chinchaysuyu, se explica por su lejanía y fragosidad, y porque además la poblaban los emigrados chancas de Hanco Huallu, vecinos y confederados de congéneres de los mochicas, cuyos lejanos y peregrinos parentescos marítimos he explicado ya. De ahí que en Chachapoyas, al lado de toponimia quechua y aymara (collacala por ejemplo), advirtamos nombres de la misma familia que las localidades de Trujillo y Lambayeque (Chilingote, Chisil, Mangalpón, Tupén, Yamón, Ocumal, Colmal y Tadamal).

Tornando a vadear el Marañón hacia el oeste, Túpaj Yupanqui intentó conquistar la región de los bracamoros, poblada por flecheros salvajes, venidos del norte amazónico. Se vió obligado a desistir del empeño por la insalubridad del clima y las dificultades de la zona para el ejército serrano. Mucha mejor fortuna tuvo en las alturas de lo que hoy se denomina Ecuador. Bien sea como príncipe heredero o como único soberano reinante, ganó para el imperio las grandes provincias de Palta, el Azuay, el Cañar y Tunguragua. Continuando la conquista hacia Quito, reunió tan crecido ejército que los cronistas lo hacen ascender a doscientos cincuenta mil hombres (Sarmiento es el más puntual aquí y en todo lo de historia externa). La mayor batalla se trabó en Latacunga, sitio estratégico en que se ha decidido varias veces la suerte de aquel país. La refriega fué muy reñida. En el momento de mayor indecisión, Túpaj Yupanqui, irguiéndose en su litera, llamó a la reserva de cincuenta mil hombres, cuyo empuje determinó la derrota de los quiteños. Mataron los del Inca a los jefes contrarios, entre los que era el principal el curaca Pillahuaso. Fundó Túpaj Yupanqui, con mitimaes quechuas y orejones, la ciudad de Quito, sobre un anterior poblado de los sojuzgados caras, proponiéndose tener en el Norte una segunda capital. La adornó con notables edificios; y aseguró con **pucarás**, o sean castillos, las comarcas inmediatas. Dejó como gobernador de la recién fundada Quito incaica al anciano orejón Chalco Mayta. Hubo de extender su poderío bastante más allá, por Otavalo y Caranqui, que su hijo Huayna Cápac no hizo después sino recuperar, pues consta en Cieza (**Señorío**, cap. 51) que Túpaj dejó en Caranqui un presidio o guarnición, y porque ha de suponerse establecido en Imbabura su predominio para explicar la posibilidad y audacia de sus expediciones por las costas insalubres y remotas de Atacámez, Manta y Guayaquil.

La campaña más penosa e infructuosa parece haber sido la de Puerto Viejo y Manta. Entretanto, le llegaron nuevas de otro alzamiento reprimido en el Cuzco. Las comunicaciones con la lejána metrópoli eran ya muy fáciles y frecuentes, tanto que Cieza no vacila en compararlas de manera hiperbólica con las de Sevilla a Triana. Así, se supo luego el castigo de la alteración cuzqueña; y tranquilizado el Inca emprendió una larga navegación de cerca de 200 leguas por el Pacífico, en verdad atrevidísima y asombro-

sa para la inexperiencia y los escasos recursos de conquistadores serranos. Durante sus jornadas por los litorales de Manabí y del Guayas, los mercaderes de la Puná le dieron noticia de unas islas remotas, y se resolvió a visitarlas. Eran las del archipiélago de Galápagos. Hay críticos que sostienen que fueron las mucho más próximas de Lobos, en la costa de Lambayeque; pero el nombre de Nina (fuego) que Túpaj Yupanqui aplicó a una de ellas, los puntos de partida y de retorno que Sarmiento señala (Manta y la Puná), y los largos meses que cuentan haber durado la navegación, convencen de que se trata de Galápagos. Conocida es la naturaleza volcánica de este archipiélago, y Nina pudo ser, en razón de sus cráteres, la isla de San Salvador, la Fernandina o la de Santiago, ateniéndonos a las denominaciones recientes. La otra isla que descubrió allí Túpaj Yupanqui, la de Afuera (**ahua**), puede corresponder perfectamente a la Isabela, por su situación exterior. A ambas las apellidó **Chumpi**, que según la pronunciación suave o fuerte en el quechua significa, en el primer caso, ceñidor, faja, cingulo, muy aplicable a una isla por metáfora, y en el segundo caso, color pardo o castaño, por el aspecto de sus rocas. El Inca llevó no menos de 20,000 hombres en gran número de balsas, sin duda de las de doble mástil y vela cuadrangular que usaban los naturales de aquellas costas, y en las que comerciaban con Panamá y Centro América. De vuelta de su excursión, envió los trofeos de esta jornada al Cuzco. Refiere Sarmiento que se conservaban hasta la Conquista en la gran fortaleza de Sajsayhuaman, y que todavía en 1572 era guardián de ellos el viejísimo orejón Urco Huaranca. Algunos de dichos trofeos, como la quijada de apariencia caballar, debían de provenir de las mismas Galápagos y en realidad corresponder a los leones marinos (otaria jubata), que tanto abundaban en el archipiélago, conforme muy atinadamente lo indica Jiménez de la Espada en el curioso opúsculo relativo, cuyas noticias he aprovechado. Otros objetos, como pellejos de animales, habían de corresponder también a la privativa fauna insular (iguanas, etc.), y las madreperlas, de que habla Santa Cruz Pachacuti Salcamayhua, han podido extraerse de las mismas islas. Los restantes, como las esmeraldas (**umiña**), el oro y la gente de piel negra, han debido de ser de la tierra firme de Manabí y Atacámez, porque es sabido que en esas comarcas tenían por ídolos las esmeraldas y los característicos asientos de piedra o madera, dados a

conocer por las exploraciones arqueológicas, verbigracia la de Saville. Uno de ellos pudo muy bien estar forrado de un metal raro y precioso, como refiere Sarmiento, porque en Atacamez se trabajaba por aleación hasta el platino. Los prisioneros de piel muy renegrida, mejor todavía que naturales de esas costas, habrán sido los grandes monos negros (mycetes), porque los Incas, como los Faraones, confundían a los cuadrumanos antropomorfos con los salvajes.

Otra gran conquista de Túpaj Yupanqui fué la del reino de Chile. Es probable que se iniciara desde los periodos de su padre Pachacútej y de su hermano Amaru, porque debió de requerir largo tiempo; y en Huaman Poma de Ayala aparecen un hijo del Inca Pachacútej, Apocámaj Inca, y varios capitanes conquistando Chile y sucumbiendo allí en aquel reinado de Pachacútej. Túpaj Yupanqui debió de acudir, yendo por el lado de Tucumán, a extender y consolidar los primeros establecimientos incaicos en la región central de Chile. Ganó desde Coquimbo hasta el Maule. Todo el país, tras la extinción de la cultura de Tiahuanaco, había caído en el salvajismo antropófago. Lo habitaba una sola raza, la misma de los araucanos, que hablaba un idioma, apenas diversificado en dialectos locales menos disímiles que los quechuas en el Perú. (Observación aplicable a cuanto hemos dicho de la homogeneidad de lenguas en el Perú). Dispersa la población, había infinidad de pequeños caciques o sinchis. Dos eran los más influyentes y mayores: el que tenía por apellido hereditario Michimalonco (tal vez de una palabra mapuche que significa **hacer huir**, a no ser que venga del **michij** quechua, pastor o gobernador, pero la segunda parte siempre será mapuche, lo que demostrará que no tradujeron por completo los nombres de jefes extranjeros), cuyos súbditos vivían en el valle de Aconcagua; y Tancalonco, que ha de situarse por el Mapocho. Los Incas civilizaron a los indios chilenos. Les enseñaron a vestirse y a cultivar la tierra. Llevaron el maíz y el poroto; y los animales de carga andinos, el llama y el huanaco, se aclimataron en el valle central y fueron utilizados en él hasta mucho después de la Conquista castellana. Túpaj Yupanqui condujo a Chile numerosos mitimaes de todo el Tahuantinsuyu, e impuso gobernadores o **tucuyricuj**. Hizo trabajar lavaderos de oro y minas de otros metales. Estableció los confines de

sus dominios en las orillas del Maule, colocando allí hitos, y murallas, o pircas divisorias.

Retornando de Chile, parece que tuvo que dominar otras sublevaciones en la porción central del imperio, con escarmientos muy crueles. Los rebeldes fueron desollados vivos para hacer de sus pieles tambores. La última expedición de Túpaj Yupanqui se dirigió al Oriente por el Antisuyu, hacia el lado de Paucartambo y el curso inferior del Urubamba, en que hizo plantar muchos cocales. Este ensanche por las zonas de la Montaña, que se continuó igualmente en las entradas de Camata, los Mojos y Santa Cruz, donde Túpaj Yupanqui levantó fortalezas, explica la moda incaica de los **queros**, vasijas grabadas con adornos de influencia amazónica.

En sus campañas, Túpaj Yupanqui se hacía preceder, como los soberanos aztecas, por mercaderes que le servían de espías. Esta clase de vendedores ambulantes adquirió alguna importancia en el Perú, aunque menor que en Méjico. Negociaban con oro, plata, pedrerías, telas finas y plumerías de lujo, permutándolas con artículos de los bárbaros y salvajes. Correspondiendo a la prosperidad general, el período de Túpaj Yupanqui se distinguió por construcciones suntuosas. Acabó la del Coricancha, en cuyos muros y jardines artificiales incrustó las esmeraldas y perlas traídas del Norte, junto con las turquesas andinas; y prodigó las chaperías de metales preciosos. Adelantó mucho la gran ciudadela de Sajsayhuaman, comenzada por su padre y su hermano. Levantó además en el Cuzco el palacio de Pucamarca; en Chaca y Pucara del Collao, edificios que rivalizaban con los preincaicos, lo propio que en Huánuco el Viejo; y en el Norte, los de Tomebamba, Latacunga y Quito, y los templos anexos. El palacio de su predilección fué el de Chincheros, en las cercanías del Cuzco, hacia el Noroeste. Allí murió muy viejo, aseguran que de más de ochenta años. Su cuerpo, enterrado en Muyna con gran tesoro, fué profanado y quemado por Chalcochima y Quizquiz, Generales de Atahuallpa, quienes, como si hubieran querido vengarse del conquistador de Quito, diezmaron con ensañamiento el ayllu de sus vástagos y le arrebataron las joyas y tierras señaladas para su culto. Garcilaso se equivocó al imaginarse que entre las momias descubiertas por Ondegardo estaba la del propio bisabuelo del mestizo cronista. Ondegardo descubrió sólo las cenizas, re-

cogidas en un cántaro, junto al cual estaba su doble o sea la estatua de su **huauqui**, que se llamaba **cuxichuri**. Todo se halló en Calixpuqui. Atribuíanse a Túpaj Yupanqui máximas en honor del dios Huiracocha y de la superioridad de éste sobre el Sol; y acerca de los hijos de los plebeyos, a quienes denegaba la instrucción superior religiosa y política, confirmando las sentencias de su predecesor Inca Roja, el que fundó la dinastía de Hurin Cuzco. Nos transmite aquellos dichos el Padre Valera.

Fué tenido como el mayor de los Incas, porque era más amado que Pachacútej. Entre sus renombres, sus vasallos le dieron con insistencia el de Túpaj Yaya (Padre resplandeciente), como queriendo expresar su dúplice influjo, mixto de majestad y amor. Hasta el mismo Sarmiento de Gamboa, acérrimo detractor del imperio incaico, lo alaba reconociendo que fué "animoso, franco, favorecedor de pobres y piadoso en la paz si bien cruel en la guerra y castigos". Regularizando y elevando a ley dinástica el incesto ritual establecido por Pachacútej, se casó con su propia hermana, para asegurar en el primogénito la integridad de la divina estirpe, al modo de los grandes Faraones. Si queremos compararlo, a más de éstos, con un monarca de tipo de veras homólogo, debemos acudir al azteca Ahuizotl, a quien nuestro Túpaj Yupanqui se parece mucho más que a Montezuma el joven, no obstante las coincidencias aristocráticas y esotéricas con el último. Ahuizotl y Túpaj Yupanqui son hermanos por generosidad de carácter, extensión de conquistas, semejanza de glorias en el gobierno y por grandes edificaciones. Hasta se parecen en haberlos precedido en el trono hermanos de mando efímero y de menores méritos (Tizoc y Amaru Yupanqui), en las múltiples y porfiadas rebeliones que tuvieron que sofocar, aún en el centro de sus estados, y en haber dilatado de preferencia sus dominios por las riberas del Océano Pacífico, que recorrieron como ninguno de sus antecesores.

DUODECIMA LECCION

EL INCA HUAYNA CAPAJ

Huayna Cápa se llamó de príncipe Titu Cusi Huallpa. Era hijo de Túpaj Yupanqui y de su esposa y hermana la Coya Mama Ojillo. Así lo aseguran Sarmiento, Cobo, Garcilaso, Cabello Balboa,

el Padre Morúa y las Informaciones de Vaca de Castro. No era el mayor, sino el menor de los legítimos, conforme lo recuerda el Padre Las Casas y lo confirma el descubierto recientemente Huaman Poma de Ayala. Para el sistema incaico, la legitimidad de la herencia no dependía de la primogenitura sino de la previa elección por el antecesor y de la pureza del origen solar, prefiriéndose por eso a los nacidos en las Coyas, que durante los últimos reinados eran hermanas de sus maridos. Tales requisitos se reunieron en Huayna Cápac, según las más fundadas noticias y conjeturas. El Oidor Santillán (Relación, párrafo 18) nos certifica que recibió la borla de heredero por designación de su padre Túpac Yupanqui, mucho antes de morir éste. El paradójico incanista Ricardo Latcham, sin acatar el peso de las citadas autoridades, declara porque sí que Huayna Cápac no era hijo de Coya, ni su madre pertenecía a la raza de los Incas Yupanquis, ni fué instituido por Túpac, sino por los Orejones, contrariando la voluntad póstuma del monarca y atendiendo a que "el joven príncipe se había mostrado General afortunado y hábil en el reinado anterior" (**Los Incas, sus orígenes y sus ayillos**, pag. 318). Montón de afirmaciones gratuitas. Las palabras de Las Casas, que ni siquiera cuida de alegar, se limitan a decir que Túpac Yupanqui lo prefirió a los otros legítimos mayores, "porque mostraba más señales de virtud y cordura"; pero esa suposición del buen Fray Bartolomé no permite negar ni el nacimiento legítimo, ni la designación paterna, puntos tan abonados por los restantes cronistas. Y por más que sea cuestión de importancia muy secundaria, sirve para enseñarnos a desconfiar de las antojadizas y dogmáticas afirmaciones de cierta escuela que se reputa modernísima reformadora de la protohistoria peruana. Ninguna muestra de gran talento militar ni político podía haber dado Inti Cusi Huallpa, pues todas las tradiciones convienen en reconocer que ascendió al trono muy mozo, casi adolescente, menor de veinte años y necesitado aún de curatela. El quipocamayo Catari, aunque alegado por Anello Oliva, que es autor de escaso crédito para la edad incaica, declara que no tenía más de diez y seis años; y así hubo de ser, ya que Juan Santa Cruz Pachacuti lo llama **muchacho de poca edad**, y explica que le era menester un gobernador y coadjutor. Las Casas repite que era **bien mancebo**, y Huaman Po-

ma de Ayala que **era infante muy menor**. Así lo acredita su nombre de entronización Huayna (mozo) y la actitud que observó a los comienzos de su reinado, que es la incierta y retirada que corresponde a un pupilo inexperto.

El pretense nombramiento del bastardo Cápaj Huari por Túpaj Yupanqui moribundo se redujo a una intriga de serrallo. La fraguaron dos concubinas del anciano monarca. Chuqui Ojlo, madre del pretendiente, y Curi Ojlo, que tenía con ella deudo próximo. Se tramaba esto en el palacio de Chincheros, situado entre Anta y el valle de Urubamba, y que fué la residencia en que falleció el gran Túpaj. La emperatriz viuda, Mama Ojlo, que parece haber sido de gran prudencia e influjo, una especie de **sultana validé**, dominó la situación con el auxilio de su cuñado el príncipe Huaman Achachi. Ocultaron en Quispicanchis a Inti Cusi, para salvarle la vida de la conjuración; y debelaron ésta en el Cuzco matando a las dos concubinas, a quienes acusaron de haber envenenado al Inca viejo, y desterrando o ejecutando al pretendiente, que no volvió a aparecer en la corte. Enseguida coronaron a Inti Cusi. Tomó el apropiado nombre de Huayna Cápaj, que significa el **Señor muchacho**; y como por serlo necesitaba un tutor, el Consejo de los Orejones, que es probable estuviera compuesto, a más de los cuatro virreyes, por los otros ocho príncipes mayores que tenían el privilegio de llevar las varas del palio imperial o **achihua**, eligió como **Inca Ranti** o lugarteniente del imperio a Apu Huallpaya, apodado el corcovado o **jumiltu**, a quien tal vez su deformidad, muy apreciada en los bufones cortesanos del Cuzco, había granjeado el favor regio y que era, nó tío carnal del soberano adolescente, como quiere el Padre Cobo, sino primo hermano de su padre, hijo de aquel General Cápaj Yupanqui que conquistó el centro y norte del Perú y fué degollado por celos de Pachacútej en Limatambo del Apurímac. La elección no era muy acertada, pues era presumible que con tal herencia de agravios y rencores contra la rama imperial, maquinara el regente el derrocamiento de su pupilo. Así sucedió. Huallpaya, el jorobado, procuró despojar de la suprema corona o borla a Huayna en provecho de uno de sus propios hijos. Pero velaban la Coya madre y el príncipe Huaman Achachi, ahora virrey del Chinchaysuyu y en consecuencia uno de los cuatro

supremos dignatarios asistentes al trono. Descubrió en un pueblo de su jurisdicción precisamente en el Limatambo recordado, las armas ocultas en cestos de coca, preparadas para la revuelta y denunciadas por unos mercaderes. Ante el repetido peligro, alejaron otra vez al joven soberano de la capital y lo llevaron a Quispipampa. El Consejo de los Grandes Orejones permaneció fiel a Huayna Cápac y Huaman. Hubo una sangrienta refriega entre ambos bandos: según Santa Cruz Pachacuti en el mismo Cuzco, porque alude al templo donde se guardaba el estandarte real, **cápac runancha**, que ha de ser el Coricancha; según Cabello Balboa en Quispipampa y en presencia del Inca. La nueva conjuración fué vencida y ahogada en sangre. Huallpaya, a pesar de su numerosa guardia de porteros y alabarderos, tuvo que comparecer ante sus enemigos. Fué increpado, arrojado por una ventana, preso por Huaman Achachi y decapitado con todos sus hijos y cómplices.

A poco de estos acontecimientos fué declarado Huayna Cápac mayor de edad y con grande ostentación casó con una o dos de sus hermanas, a fin de asegurar la sucesión legítima. Asumió igualmente la mayordomía del Sol o sacerdocio supremo, que antes desempeñaba el Huillac Umu denominado Apu Chalco Yupanqui. Así se consolidó más el poder del Inca, concentrando en sí las facultades políticas y eclesiásticas, como lo hizo Pedro el Grande en Rusia. No obstante la mayoría de edad, Huayna obedecía los dictámenes de su madre Mama Ojlló y le fué tan apegado que no se ausentó del Cuzco mientras ella vivió. Compartían la influencia con el virrey del Chinchaysuyu Huaman Achachi, tío del monarca, el hermano entero de éste, Auqui Túpac, que era el secretario general o visir, y el hermano bastardo Sinchi Roja, que después fué **Inca Ranti** o Lugarteniente General en el Cuzco, cuando tuvo que ausentarse Huayna, a poco de haber muerto su madre.

Porque exigían una campaña rápida las sublevaciones en las remotas provincias, inevitables al sobrevenir cambios en el trono y minoridades regias. Esta vez las más alteradas fueron también las últimas del Chinchaysuyu. Huánuco y Chachapoyas, pobladas por emigrados chancas y yungas. El Palentino habla igualmente en este período de la del Gran Chimú, debelado y muerto con la oportuna venida de Huayna Cápac. En Cieza hay claras seña-

les de dos guerras contra los chachapoyas y los bracamoros, y de las dificultades excepcionales de estas jornadas. No se trata ahora de duplicación de leyendas, ni de la transferencia de tradiciones de anteriores reinados, en que tanto he insistido. Es la natural repetición de la vida, la reacción lógica que habían de provocar las desmesuradas conquistas de Pachacútej y Túpaj en tan extensas y quebradas regiones. Es muy verisímil que aquí se coloque el primer viaje de Huayna a Tomebamba, adonde lo atraían los recuerdos de su nacimiento y primeros años. Amplió y adornó las moradas en que vivieron sus padres; y como estaba reciente el luto de su madre, la Coya Ojlló, le erigió una estatua de oro en los aposentos del nuevo palacio. Se llamó éste Mullucancha o Mulluturu, porque decoraban sus habitaciones, templando la adustez del estilo incaico, las conchas marinas rojas, semejantes a los corales, puestas en moda por la mayor relación con las civilizaciones costeñas. En uno de los barrios de Tomebamba se levantó el Usnu, gran piedra consagrada al Sol y destinada a la proclamación de las sentencias judiciales. Aun se perpetúa su nombre en uno de los barrios de la moderna ciudad de Cuenca.

De Tomebamba y la región de Quito, hubo de volver entonces al Cuzco Huayna Cápa y emprender los otros viajes al Cuntisuyu y al Collasuyu. Fué gran peregrinante, muy solícito en su obligación de recorrer todos los dominios. Los indios contaban de él que no dejó porción alguna del Tahuantinsuyu por visitar y atender. Acudía en todas al reparo y apertura de los caminos, y a la esmerada distribución de las aguas. En Chuquiabo (La Paz actual) dispuso lo conveniente para el laboreo del oro y la cría de los ganados. En Cochabamba, que desaguó e irrigó, dejó establecidos mitimaes collas, porque esta raza multiplicaba mucho, y se mostraba entonces dócil y fiel, escarmentada con los castigos de Pachacútej y Túpaj Yupanqui. Por los tardíos mitimaes collas se explica el aymarismo en algunos distritos de Cochabamba. Hizo Huayna Cápa reparar luego las fortalezas de su padre contra los chiriguanas; y por el reino de Tujma y Umahuaca, noroeste de la actual Argentina, penetró en Chile. Esa era la vía más ordinaria de las expediciones chilenas de los Incas. En las palabras de Cieza, que habla a tal propósito de cordilleras nevadas, hallamos que

Huayna atravesó los Andes mucho más abajo de las Charcas y Chichas, al oeste de la región del Tucumán, dependiente de aquellas provincias. En cuatro puntos se hallan vestigios de los caminos incaicos del reino de Tujma al de Chile. El primero es al sur de la puna de Atacama, por el puerto de San Francisco, al norte del Salar de las Lagunas Verdes. El segundo, lo que todavía se llama Paso del Inca, en la cordillera fronteriza a Huasco. El tercero, señalado por el escritor colonial Olaverria, es el de Mendoza y Uspallata, que cruza la cordillera por la misma línea del ferrocarril, en donde un lago y un puente atestiguan aún por sus nombres los recuerdos incaicos. Y por fin, más abajo, el de Tupuncatu (onomástica por entero quechua) que conduce en derechura adonde hoy se levanta Santiago. Refiere Cieza que Huayna Cápac demoró en Chile "más de un año, entendiendo en refrenar aquellas naciones y asentarlas de todo punto". (Señorío, cap. 62). A la sazón, el Chile propiamente dicho era el valle de Aconcagua y Quillota, que estaba sometido desde Túpac Yupanqui. El sucesor trajo mitimaes para las nuevas tierras que los adelantos agrícolas permitían cultivar, y organizó el trabajo en los lavaderos de oro. Parece que los chilenos se resistían a ser transportados como colonos a otros puntos del imperio, lo cual motivó turbulencias, antes de la llegada del Inca, contra los gobernadores orejones. Por un texto de la crónica del Padre Anello Oliva se barrunta que dos de éstos se llamaban respectivamente Hananaya o Huaman Aya y Challco. Huayna Cápac los separó, substituyéndolos con los curacas chilenos que llevaban los mismos nombres de los que sujetó su padre y eran seguramente hijos y herederos de ellos: Michimalonco, el de Aconcagua, junto al cual asistía una guarnición en la fortaleza incaica de dicho pueblo, y Tancalonco, que ha de ser su vecino meridional, el de Malloco y Talagante, en cuyas tierras, inmediaciones de la actual Santiago y orillas del Maipo, existía otra fortaleza de los Incas. La substitución de gobernadores incaicos por jefes nativos, hecha sin duda para aquietar a los chilenos, ilustra sobre el régimen de aquellas extremidades o marcas del Tahuantinsuyu. Eran, no provincias unificadas, sino regiones vasallas o hereditarias satrapías, como las de los análogos imperios orientales, como las de los régulos sirios y fenicio que obedecían a los grandes faraones, como los sátrapas o

virreyes aqueménides en los extremos confines de Saca y Maca del primer imperio persa, o los dinastas armenios y árabes y los **chadadar** y **marzbans** del sasánida. No cayó mal el sistema en Chile, pues bajo él hubieron de realizarse los mayores ensanches del poderío peruano, el cual rebasó considerablemente la frontera del Maule, indicada como definitiva en la mayor parte de las historias incaicas. Cieza, que la señala como tal en el período de Túpaj Yupanqui (**Señorío**, cap. 60), agrega que Huayna Cápac "anduvo por la tierra de Chile mucho más que su padre, hasta que dijo que había visto el fin de ella, y mandó hacer memorias por muchos lugares para que en lo futuro se entendiese su grandeza". En efecto, esos vestigios se descubren por restos arqueológicos o en páginas de los cronistas, y prueban que allende el Maule los ejércitos incaicos bajo Huayna Cápac conquistaron, no sólo el territorio llamado de los **purumaucas**, hasta el Itata, sino una parte del que se hizo tan famoso después bajo el nombre del Arauco. Huayna Cápac debió de pasar al otro lado del Biobío. El Padre Rosales en su historia refiere que a cinco leguas de la ciudad de Concepción había siete pequeñas pirámides incaicas en que celebró el Inca, con sacrificios humanos, el gran rito de la **caillpa**. Y aun hay tradiciones de haber llegado a La Imperial y Temuco, lo que se corrobora con el hallazgo de huacos de estilo incaico en pleno territorio de Valdivia. Así comprendemos por qué Montesinos, el Padre Las Casas, y lo que es más, el Cristóbal de Molina de la **Destrucción**, afirman que el imperio y sus caminos se acercaron al Estrecho de Magallanes. Huayna Cápac regresó por el camino de la Costa, el de Coquimbo, Copiapó y Atacama, como muy explícitamente lo dice Sarmiento. De allí volvió a Cochabamba, a vigilar los trabajos de repoblación y desecamiento y las colonias collas. Al este de Cochabamba y al norte de Mizque reedificó la gran **pucara** o ciudadela de Pocona, construida por Túpaj Yupanqui, principal defensa contra las depredadoras correrías de los chiriguanas. Formaba parte de un sistema continuo de fortificaciones, semejante al **limen** romano en Escocia o en Germania; pues si los chilenos eran como los partos y mesopotamios de este nuevo imperio romano de América, los chiriguanas venían a ser como los merodeadores germanos, que irrumpían de una región de bosques y

ciénagas. Por el lado del Antisuyu en Charcas y las entradas de Mojos y Chunchos, constituyó el imperio incaico algunos pequeños reinos tributarios, iguales a sus curacazgos chilenos y al de Umahuaca en Tujma. Queda de ello testimonio en algunas relaciones, como en la del cura de Mataca D. Diego de Alcayaga, que habla del rey orejón Huacani, de otro Condori hermano suyo, y de las fortalezas de Sahuaypata y Huanacopampa, guarnecidas de presidios cuzqueños. Los reyes vasallos de Mojos, que venían a ser jefes de estas marcas o extremaduras del Tahuántinsuyu, daban a sus mujeres principales el título de Coyas, y vivían rodeados de eunucos y criadas quechuas (**chinas**).

Estaba Huayna Cápac recorriendo y reparando los monumentos del Titijaja y ordenando la construcción de un palacio incaico en Tiahuanaco (cuyas ruinas son aún muy visibles y se distinguen perfectamente de las del primitivo imperio), cuando le llegó la noticia de la sublevación de Quito, Cayambi y Huancavilca, las provincias más indóciles del Norte, que habían asesinado a los gobernadores incaicos. En la misma secular metrópoli de Tiahuanaco se reunió la gran asamblea de curacas a que se refieren Cabello Balboa, Sarmiento y Santa Cruz Pachacuti (la Pomacancha de Pachacuti debe de ser un barrio de Tiahuanaco). Otras juntas hubo después en el Cuzco en que se distribuyeron los contingentes de tropas y se designó como sucesor del trono a Titu Cusi Huallpa, el Huáscar futuro que a su primer nombre, el mismo usado por su padre antes de la coronación, agregaba los sagrados de Inti e Illapa. Recibió Cusi Huallpa con toda publicidad la borla de heredero, según Santillán lo expresa, y para suplir la deficiencia de su menoría, fueron nombrados regentes, mientras no volviera al Cuzco Huayna Cápac, los viejos tios carnales de éste, Huaman Achachi, antiguo virrey del Chinchaysuyu, y Apu Ilaquita, y su hermano doble, el secretario general o valido Auqui Túpac Inca. El ejército que se puso en marcha, con los envíos de todas las provincias, era numerosísimo. Con precisión contaron los orejones a Cieza que llegaban a doscientos mil hombres de guerra (Iscaypachahuaranca-runá), sin los yanacunas y mujeres de servicio. Detuvieron en Vilcas, leyendaria capital de los chancas, a inaugurar el nuevo templo del Sol. Se celebró allí la gran fiesta de la **cápac ray-**

mi con abundantes sacrificios de niños y adultos. La milicia privilegiada de los Orejones regresó al Cuzco, a traer como talismán para la campaña la piedra divina de Huanacauri. Después de la reseña, la inmensa hueste se puso en marcha hacia el valle de Jauja, que fué el segundo sitio de reunión para el alarde y los sacrificios. De Jauja, según Pachacuti, bajó Huayna Cápac en persona a los valles de Pachacámac y Lima con el fin de consultar a ambos famosos oráculos. Hizo donativos muy valiosos a los dos templos de Irma, así al del Sol como al de la vieja divinidad local, recordando la devoción que le tuvo su padre Túpac Yupanqui. En el valle de Lima, al contrario exhumó y despojó una huaca que, según el Padre Morúa, era sepulcro de un antiguo jefe marítimo, venido de la isla de la Puná. Estas jornadas aparecen en Cieza posteriores a la primera campaña de Quito, pero es poco probable que Huayna Cápac regresara a la costa central interrumpiendo y descuidando las reñidas guerras del Norte. Por Cajamarca pasó a Tomebamba, que ensanchó y embelleció hasta convertirla en segunda ciudad del imperio, la verdadera capital norteña. Fué, en esta segunda parte de su reinado, su residencia ordinaria y el cuartel general para las campañas contra los rebeldes del Norte, las cuales cuando menos no bajaron de cuatro. Comenzó la primera con la ocupación de Puruhuay y de Quito insurrectos. La vanguardia penetró hasta las tierras de Pasto. Los ejércitos peruanos, descuidados después de la victoria, se dejaron en aquel confín sorprender por los naturales, que hicieron en ellos gran estrago, particularmente en los collas. Perecieron sus capitanes, nativos de Hatuncolla y de Ilave. Retrocedieron los soldados del Inca hacia Quito y tuvieron que contramarchar los mismos hijos del Emperador, Ninan Cuyuchi y Atahualpa, que iban con los socorros. Huayna Cápac se irritó mucho con este desbarato, que fué como el Roncesvalles del conquistador cuzqueño. Preparó una segunda expedición, que entró desolando toda la tierra y exterminando a sus habitantes, hombres, mujeres y niños. Estableció guarnición y gobernador en Rumichaca y se regresó a Tomebamba. Aquí se intercalan expediciones secundarias para aquietar las provincias vecinas a Tomebamba, como la misma del Puruhuay y las de Macas, Bracamoros y Nolitria. La segunda campaña, con nuevos refuerzos cuzqueños y collas, se diri-

gió al noreste de Quito, contra los cayambis y otavalos. Delante de las fortalezas de Cochasqui el Inca estuvo a punto de sucumbir. Ante el impulso de los enemigos, la milicia especial de los Orejones retrocedió. En el tropel de la huida, el soberano cayó de sus andas de oro, y tuvo que combatir a pie, con la lanza de su padre Túpaj Yupanqui (Santa Cruz Pachacuti). La batalla reñida e indecisa y la actitud del monarca nos recuerdan a Ramsés II peleando en Codshu contra los hititas. Salvado el ejército a duras penas, mostró Huayna Cápac en la retirada justo resentimiento contra el cuerpo de los Orejones, que se habían desbandado. Ofendidos éstos a su vez por el desvío del monarca, pretendieron regresarse al Cuzco, llevándose la piedra sagrada de Huanacauri. Temeroso de perder el núcleo hereditario de su ejército, el cuerpo especial incaico que contaba no menos de veinte mil combatientes, se vió obligado Huayna Cápac a rogarlos y desenojarlos, repartiéndoles gruesos donativos de víveres, ropas finas y comidas, y sirviéndose hasta de la intercesión de antiguas concubinas de su padre y del recuerdo de la Coya Mama Ojlló. Remediada la disensión de los Orejones, se emprendió con ellos y con tropas de refresco la tercera campaña. El asedio de los cayambis fué también esta vez durísimo. En él pereció el hermano predilecto de Huayna Cápac, el General Auqui Toma Inca. Para vengarlo, acudió el mismo Huayna Cápac con refuerzo; y mediante algunos ardidés de primitiva estrategia, alcanzó a tomar los fuertes y a empujar a los vencidos hasta una laguna que está legua y media al norte de la actual ciudad de Ibarra: Rodeados allí los cayambis, hizo degollar con espantosa crueldad más de veinte mil en las orillas. Por eso tomó el lugar el nombre de Yahuarcocha (laguna de sangre). Vino después la ejecución del jefe rebelde, Píntuj (nombre quechua totémico, caña brava), que fué desollado. De su piel hicieron un tambor, enviado al Cuzco como trofeo. No quedaron con vida en toda la comarca de Imbabura sino mujeres y niños, por lo que fué denominada esta nación de **huambracunas** (los muchachos). Vino a interrumpir la guerra de Quito la noticia de una gran invasión de los chiriguanas en Charcas. Rompiendo la línea de fortalezas de la frontera como Cuzcotullo, penetraron hasta cerca de Chuquisaca. El Inca despachó un ejército de veinte mil soldados de la región

de Chinchaysuyu al mando del general Yasca. Se puntualiza que cada una de las naciones que componía este cuerpo expedicionario conducía, como especial paladión, sus sendas huacas peculiares. Iban así la **Catequilla** de Cajamarca, las de Huamachuco y Bombón, y la **Curichaculla** de Chachapoyas. En el Cuzco, los lugartenientes o visires Auqui Túpaj y Apu Ilaquita proveyeron a Yasca de nuevos recursos. Se hizo otra leva en el Collasuyu. El robustecido ejército rechazó a los salvajes chiriguanas y reconstruyó el sistema de fortificaciones que les cerraba la subida a las provincias del Alto Perú.

Entretanto, Huayna Cápac avanzó desde Quito a Pasto para la ocupación definitiva de las provincias septentrionales. En las riberas del Angasmayo colocó sus confines, señalándolos con estacas recubiertas por planchas de oro. De allí bajó hasta el mar, penetrando en las calurosas e insalubres comarcas de Temuco, Cayapas, Atacámeh y Cojimíes. Las penalidades de dichas jornadas fueron extraordinarias, y muy escaso el fruto. Muchas veces los soldados incaicos se vieron en riesgo de morir de hambre y sed, diezmados por los enemigos invisibles e inalcanzables en las espesuras. Fué como la campaña de Cambises en Etiopía o las de Darío en la Esticia o Alejandro en el Indo. El botín en Coaque se hizo algo más de apreciar: esmeraldas, turquesas y conchas multicolores. Bajó después el Inca a las provincias de Manabí, Manta y los Huancavilcas, que había recorrido su padre. Mandó construir la gran calzada que aun lleva su nombre junto a la ciudad de Guayaquil. Pasó a la isla de la Puná para castigar a su principal cacique, Tumpalla (sobrenombre quechua de vituperio, que significa el **falaz** o **aleve**, el cual había hecho naufragar y asesinar a los Orejones de guarnición, desatando en alta mar las correas de las balsas que los conducían. Tanto enojo recibió el Inca de esta traición que ordenó componer sobre ella y su venganza un cantar triste, para que se lo entonaran los días de luto o de ayuno; rasgo muy oriental, que recuerda escenas de la corte asiria.

De la Costa volvió a Tomebamba por el lado de Mulluturu. Una terrible peste de viruelas despoblaba el imperio. En el Cuzco habían muerto de ella sus ministros Auqui Túpaj y Apu Ilaquita y su hermana Mama Cuca, la que no había querido ser su Coya y

era **mamacuna** o abadesa de las ajllas, según la relación de Pachacuti. Huayna Cápac se fué a Quito, sobresaltado con los estragos de la epidemia y con las extrañas nuevas del desembarco de los españoles en las costas de Túmbez y la Puná, que él acababa de visitar. Pidió que le enviaran a los dos extranjeros blancos que se habían quedado en Túmbez; pero no llegó a verlos, porque ya los habían matado los indios, o porque no le dió tiempo de examinarlos el contagio de la peste. La leyenda contaba que cierto mítico mensajero le entregó una caja, de la que salieron las mariposas negras de la enfermedad y la muerte. Para evitarla, se había recluso en uno de sus aposentos de piedra, sujetándose a la más estricta penitencia ritual. Mandó consultar al favorito oráculo de Pachacámac, que prometió la curación si lo exponían a los rayos del Sol su padre. Tan luego como lo sacaron al aire, espiró. Cuenta Cabello Balboa, y no es improbable, que escribió sus últimas voluntades, a la manera del dios Huiracocha, sobre un bastón o **tauna**, por medios de signos y rayas de colores, descifrados no sin discusión por los quimocamayos. Pretenden que por ellas dejaba la corona a su hijo Ninan Cuyuchi; pero parece ficción embustera del partido anticuzqueño, porque Inti Cusi Huallpa o sea Huáscar, estaba ya reconocido y publicado como heredero legal, se educaba en tal calidad dentro del Coricancha, y los más de los cronistas lo confirman. Como quiera que haya sido, Ninan Cuyuchi pereció también en Tomebamba en la gran mortandad de la peste, por la que sucumbieron asimismo muchos de los generales y de los dignatarios de la corte. No obstante lo que puede inferirse de un estudio que publicó el Dr. Pablo Patrón en la Revista de la Sociedad Geográfica, es de creer que dicha pestilencia, mucho mayor que la que azotó el Tahuantinsuyu en el reinado de Pachacútej, fuera la misma que padecieron los conquistadores castellanos en las costas de Coaque y Puerto Viejo.

Huayna Cápac no debe de haber fallecido de avanzada edad como sus predecesores, a pesar de lo que Sarmiento por rutina escribe pag. 111). Su muerte fué violenta, y dejó hijos chicos. Su reinado señala el comienzo de la decadencia incaica, que con tanta y tan dolorosa claridad había de patentizarse poco después, cuando la guerra fratricida de Huáscar y Atahualpa. Se advierten bajo

Huayna Cápac los primeros síntomas indudables: intrigas de serrallo y de corte; corrupción de las clases directoras; insubordinación y flaqueza bélica en la milicia especial de los Incas u Orejones; campañas difíciles, victorias dudosas e insurrecciones multiplicadas. Para castigar una conjuración del Cuzco, Huayna Cápac, después de ordenar el suplicio de los cabecillas, sujetó los cómplices comunes a extremos trabajos forzados, obligándolos a acarrear piedras desde el Cuzco a Tomebamba. Si el hecho no es auténtico, por lo menos la leyenda significa lo despiadado del castigo y lo gigantesco de las faenas penales impuestas a los súbditos rebeldes. Hemos visto cuál fué la crudeza de la represión en Yahuarcocha. El retrato que a través de los cronistas nos traza de Huayna Cápac la tradición de los propios indios, es el de un monarca infatigable pero suspicaz y muy cruel, propenso a escuchar lisonjeros y delatores. Era, dicen, pequeño, doblado y recio de cuerpo, aunque bien formado, muy grave de semblante y muy taciturno, celosísimo de su autoridad y de sus mujeres y desenfrenado en el harén. Con frecuencia se excedía en la bebida, aunque no perdió jamás la cabeza. Orgulloso, constante, emprendedor, vengativo, muy diligente en recorrer todo el imperio, su actividad y su recio pulso mantuvieron no sin gran trabajo la unión de los desmesurados dominios que ya pugnaban por dividirse. La mole enorme del Tahuantinsuyu tendía al divorcio y fraccionamiento, como en el Egipto y China, como en la Caldea e Israel, con las capitales antagónicas del Sur y del Norte, del Cuzco, Tomebamba y Quito, que constituían respectivos centros de atracción y divergencia. Cuando Huayna Cápac combate junto al río Pisque, en las dudosas batallas de Cochasqui, nos trae a la memoria a los grandes faraones de la décima nona dinastía, como Ramsés II, triunfantes y esplendorosos aún, pero en realidad menos potentes que sus predecesores los Tutmosis y Ahmosis, que vencieron sin tantas dificultades y alternativas. Cuando recorre Huayna los confines de Coaque y de Chile, y contiene con esfuerzo las incursiones de los chiriguanas, construyendo líneas de fortalezas y transplantando muchedumbres de mitimaes, nos recuerda a los soberanos persas aqueménides o sasánides, cuando visitaban las más lejanas satrapías, casi siempre en insurrección. A ellos se parecen, por cierto que maravillosamen-

te, los últimos emperadores incaicos, en todo el régimen administrativo, en la teocracia solar y despótica, en el incesto dinástico obligatorio, y en la molicie y los crímenes del serrallo, que produce la rápida decadencia de la monarquía. Pero a quien más se parece sin duda Huayna Cápac es a su émulo el azteca Montezuma II Xocoyotl (el joven), como él grave y silencioso, empeñado en guerras muy reñidas e inciertas, afligido por las incesantes rebeliones de miztecas y huezotzingos, y por las victorias de los tlascaltecas que, como en Quito a Auqui Toma, le mataron a su hermano Tlacahuepantzin, y ensombrecido por los pronósticos sobre misteriosos blancos invasores. En el Perú y en Méjico, al mismo tiempo se habla de agüeros sombríos, águilas que caen, nubes que amenazan, aureolas fatídicas y voces sobrehumanas présagas del cumplimiento de antiquísimas y funestas profecías de Quetzalcoatl y Huiracocha acerca de la ruina de ambos imperios americanos. Era en ellos como la convicción de su caducidad, irremediable, el presentimiento y la conciencia agonizantes de culturas que habían topado con infranqueables límites y que comenzaban por sí a descomponerse, en sus mismos elementos intrínsecos, antes del decisivo choque externo. Cuando el cadáver embalsamado de Huayna Cápac fué llevado con gran pompa al Cuzco, y se quedó su corazón en Quito, los lloros de las exequias y el horror de las cuatro mil víctimas humanas inmoladas, parecían vaticinar el término de las prosperidades de los Incas; porque ya rugían las tremendas rivalidades dinásticas, atizadas por las de la casta superior y las de las dos grandes regiones del Sur y del Norte, que habían de facilitar la civilizadora invasión castellana.

DECIMA TERCIA LECCION

HUASCAR Y ATAHUALLPA

Importa, para la cronología del Perú, determinar, aproximadamente siquiera, la fecha de la muerte de Huayna Cápac. Los más conocidos autores van desde 1522, que es la cuenta de Pedro Pizarro, y 1523, que es la de Blas Valera, Garcilaso y Cabello Balboa,

hasta 1524, con Pedro Sarmiento. Llegan otros a 1526. Derívanse estos cómputos de los testimonios de cronistas primitivos, como Jerez, que la señala ocho años antes de la Conquista, y el mismo Pedro Pizarro, que la dilata hasta diez anteriores a esa fecha. La fuente se halla en las declaraciones de Atahualpa y los suyos, los cuales tenían grande interés en prolongar el tiempo que precedió a la deposición de Huáscar, para que se considerara al rival quiteño como pacífico y diuturno poseedor en sus pretensos dominios hereditarios. Pero hay conjeturas numerosas que contradicen dicha tesis, trayendo mucho más acá la época de defunción del último Inca indiscutido. Cuando Vaca de Castro levantó sus Informaciones, cuyo extracto disfrutamos, los pocos quimocamayos salvados de las matanzas atahualpistas, calcularon, según las cuentas de sus nudos, que el período de Huáscar no había durado sino dos años y cuatro lunas o meses. Como probablemente los reinados se computaban sólo a partir de la coronación y de la adopción consiguiente de nuevo nombre en la serie dinástica, todo lo cual siguió a las exequias de Huayna Cápac, que duraron largo tiempo, hemos de agregar cuando más un año a los dos y meses que precedieron al de 1532, en el que se realizaron conjuntamente el destronamiento de Huáscar y el desembarco en Tumbes de Pizarro. Así llegamos para la muerte de Huayna Cápac a 1529, o en último caso a fines de 1528. Bastantes cronistas aseveran que Huayna supo ese desembarco de Pizarro, estando el Inca en Tomebamba, antes de su última ida a Quito. Los temores que abrigó sobre las incursiones de los castellanos y el mandato de traer a la corte a tres que se habían quedado en tierra, precisan el momento de aquellas inquietudes de Huayna Cápac. No es probable que se refirieran, como pretende Garcilaso, a las remotas expediciones de Balboa y de Andagoya, que no pasaron del Puerto de Piñas y de Virú, puntos muy alejados del Tahuantinsuyu incaico. Se trata casi con evidencia de la llegada de Pizarro a Tumbes en 1527. Los tres españoles que allí quedaron y por los que Huayna Cápac envió, son Alonso de Molina, Morillo y Bocanegra, a los que no llegó a ver, como dije el otro día, porque ya los indios los habían asesinado o porque Huayna murió antes de que arribaran a Tomebamba. Los principales historiadores convienen en que Huayna Cápac gobernaba cuando el

efectivo descubrimiento del Perú por Pizarro, los Trece de la Fama y Bartolomé Ruiz. Así lo dicen o lo dan a entender Las Casas, uno de los Cristóbales de Molina y Montesinos; y por ello lo repiten Robertson y Prescott, y el Arzobispo de Quito González Suárez coloca la muerte de Huayna Cápac en 1527, acercándose ya mucho a mi opinión. Cuando en 1532 volvió Pizarro a Túmbez, estaban frescos los recuerdos y estragos de la gran peste que asoló el Perú e hizo perecer al Inca; y ya expliqué que aun puede que fuera esta epidemia de viruelas la que en la misma expedición el año de 1531, afligió a los castellanos en Coaque, interpretada por muchos como de verrugas.

Jerez, irrecusable en calidad de testigo presencial, no lo es en manera alguna cuando trasmite los relatos indígenas, en los que con frecuencia yerra, porque no los entendía bien o se dejaba engañar de las patrañas populares. No sólo es reparable, como lo apuntan modernos autores, que llame a Huayna Cápac y Huáscar respectivamente Cuzco Viejo y Cuzco Mozo (pues al cabo en esto pudo haber fundamento y denominarse los Incas por el nombre de su ciudad principal, conforme a los reyes europeos se les apellidaba familiarmente por sus reinos), sino es mucho más de advertir y tachar que coloque la ciudad de Chíncha en la parte central del gran camino incaico, que era la calzada de la Sierra y nó la de la Costa; y todavía agregue que está en el distrito más famoso por sus minas; y que asegure haber quedado el cuerpo de Huayna Cápac en Quito para enterrarse ahí, y haberse enviado no más que la cabeza al Cuzco, cuando nos consta que fué sepultada en el Cuzco la momia, y descubierta en una casa de dicha ciudad por Ondegardo. En Quito no quedaron sino el corazón e intestinos, que solían incinerarse y guardarse dentro de una estatua de oro.

Los funerales de Huayna Cápac se celebraron con la mayor pausa y solemnidad. No menos de cuatro mil víctimas humanas se inmolaron. En Quito duraron las exequias diez días. Enseguida lo condujeron a Tomebamba, al palacio en que había nacido, y allí se detuvieron todo un mes. Iba el cadáver ligado y sentado en las andas, como si estuviera en vida, cubierto con sus más ricas vestiduras y armas de gala, llevando en la mano el cetro o **túpajyauri**, y bajo el erguido guión sagrado o **súntur páucar** (Relación de Santa

Cruz Pachacuti). Con la misma ceremoniosa lentitud continuó el largo viaje al Cuzco. Formaban la comitiva la Coya viuda, Rahua Ojillo, y los Orejones que componían el consejo y eran los encargados de ejecutar las últimas disposiciones del difunto soberano. Atahualpa no pasó de Tomebamba. Los dignatarios, empleados reales y guarniciones del tránsito se agregaban al cortejo, a medida que tocaba en las cabeceras de las provincias respectivas. Venían también muchos ídolos locales y de las tribus incaicas, y los cautivos de las últimas campañas, para exhibirlos en la entrada triunfal póstuma. Al acercarse al Cuzco, por el Apurímac y Limatambo, se divulgó una de las conjuraciones que nunca faltaban al morir los monarcas. Es de creer que los recelosos del advenimiento de Huáscar y que contra él fraguaron ya en Quito la candidatura del príncipe Ninan Cuyuchi, muerto de la peste, fueran los que renovaron esfuerzos para suscitar otro competidor. Ahora era el hermano bastardo Cusi Atauchi, y se proponían asesinar a la emperatriz viuda Rahua. Fué denunciada la conspiración. Cusi Atauchi, a sabiendas o ignorante de lo que se urdía, acudió a la ordinaria audiencia matinal de Huáscar; y lo detuvieron y despedazaron en los umbrales del palacio. No pararon aquí los castigos sino que algunos de los ancianos consejeros de Huayna Cápac se vieron arrestados y torturados, y fueron ejecutados en el trayecto de Limatambo a Anta. Con semejantes escenas, se alteraron los quiteños de la comitiva; y muchos retrocedieron para anunciar a Atahualpa y los generales del Norte las agitaciones del Cuzco. Continuaron las exequias todo el resto del año. Concluidas, se procedió a la ostentosa coronación de Huáscar y a su matrimonio con la nueva Coya hermana, Chuqui Huipay, tras los obligatorios ayunos rituales a que tenía que someterse el Emperador. Oficiaba, como Huillac Umu, el Apu Chalco Yupanqui (nombre muy usado por los Sumos Sacerdotes), orejón descendiente del Inca Huiracocha, como de la **panaca** o linaje **Socso Ayllo**. Para las fiestas, se erigió en el barrio de Sappi un deslumbrante jardín artificial de oro, y se labró para las danzas de la gran plaza la maroma de oro en forma de serpiente o **amaru** esmaltado, que convenía al nombre de coronación del nuevo imperante (**huasca**, sogá gruesa, cordón largo). Este nombre le había sido impuesto, nó por dicho adorno, sino en recuerdo del lugar

donde nació, que era el palacio de Huascarquiuar o Huascarpata, próximo a la laguna de Muyna. Allá fué el recién coronado en peregrinación religiosa, lo propio que a Huanacauri y a los santuarios del Titijaja y de Tiahuanaco, lo que es otra prueba del carácter solariego que se atribuía a la gran metrópoli arruinada del Collao. Huáscar, al culto de Huiracocha, cuidaba de agregar siempre la advocación solar, o **inti**, cuyo título llevaba.

No se sabe bien porqué Rahua, la emperatriz viuda, se disgustó con su hijo. Quedan de la discordia palaciega varios testimonios en los cronistas. Quizá uno de los príncipes de la conjuración frustrada era también hijo de Rahua, porque la Coya reprochó al Inca en diversas ocasiones la severidad del castigo. O quizá es simplemente otra invención de las muchas con que los atahualpistas procuraron denigrar al vencido. Saltante ejemplo de interpretaciones malévolas es que se le vitupere, en el relato de Santa Cruz Pachacuti, por haber entregado doncellas de los conventos o **ajlla huasi** a los curacas y a los indios danzantes en las pantomimas religiosas, cuando está probado que de continuo muchas de las escogidas se distribuían, aparte de las destinadas al culto del Sol y a ser sacrificadas a los dioses; y el Inca daba aquéllas en matrimonio a quienes deseaba premiar. Tal era uno de los fines principales de la institución, porque la más preciada recompensa de caciques y vasallos consistía en conseguir esposa de mano del Inca. A más de las voces calumniosas, atestiguan la efervescencia del imperio las habituales sublevaciones de los chachapoyas, que se encastillaron en la pucara o fortaleza de Lévantó, y agitaron la provincia de Pomacocha, en los Antis de Maynas, al oriente de los bracamoros, casi al propio tiempo que se iniciaba la ruptura con Atahuallpa en Quito. Huáscar usaba antes de su coronación el mismo nombre que de infante o auqui tuvo su padre Huayna Cápac, **Titu Cusi Huallpa**, a que agregaba, como ya lo apunté, los apelativos idolátricos de Inti e Illapa. Dije que fué también mayordomo del Sol como Huayna y se educó en el Coricancha. Estaba reconocido como príncipe heredero, con la borla distintiva, desde que Huayna Cápac salió a la campaña de Pasto, según lo averiguó el Oidor Santillán. La legitimidad de su gobierno, en consecuencia, no admitía dudas. Además, era hijo de la segunda de las esposas hermanas, ascendida a

mujer principal de Huayna Cápac por infecundidad de la primera llamada Cusirimay o Pillo Huaco. Lo reconocen hasta los ecos de la tradición del bando de Atahuallpa. Algunos agregan que el Ninan Cuyuchi (fuego agitado), pretense heredero promovido en los últimos momentos por Huayna Cápac, era bastardo, aunque quizá se maquinó su adopción por la primera Coya (de la cual no vuelve ya a hablarse y al parecer murió en Quito) para colorear esas expectativas del joven príncipe. Sea como fuere, la muerte de Ninan Cuyuchi en la peste de Tomebamba y la coronación imperial del heredero previamente designado, Huáscar, quitaban toda incertidumbre. Los cortesanos y veteranos de Quito y los curacas de la extremidad septentrional del imperio se decidieron pronto, no obstante, a consumir el cisma dinástico que expresaba una enconada contienda de nacionalidades y se venía preparando por la desmesurada extensión del Tahuantinsuyu. Contribuyeron a facilitar las condiciones de Huáscar y el maleado ambiente de discordias entre los orejones de la capital y los de la frontera del Norte. El heredero legítimo, criado en los templos y palacios del Cuzco, debió de tener los defectos de los **porfirogénitos**. "Clemente y piadoso, pero de mucha presunción y valor" lo caracteriza Cieza de León. Lo acusan otros de sobrado altanero y retraído, de no haber querido alternar con los demás incas, magnates y caciques en los festines de las plazas públicas, y de haber procurado reducir los gastos de los incesantes banquetes funerarios y de las viejas panacas o cofradías, de ser algo así como un **desamortizador**, sin duda porque, como mayordomo del Sol y experto en los ritos, quiso reformar los abusos de las multiplicadas fiestas y las danzas o repetidísimos **taquis**. Mas todo debió de quedar en intento, porque su mando fué muy breve, mucho más de lo que la mayoría de los cronistas señala. No hubo de exceder de tres años, como arriba expuse, incluyendo en el término los meses de poder efectivo anteriores a la coronación. Es esto tan cierto que los edificios cuya construcción se le atribuye y que era uso ordenar en cada nuevo período, han de haberse iniciado cuando gobernaba en el Cuzco como sustituto o **ranti** de su padre. Amarucancha, que es la actual Universidad y la iglesia de la Compañía, se indicaba como obra de Huayna Cápac, según lo leemos en Garcilaso; y el palacio de Collcam-

pata debía de enumerarse igualmente entre los de Huayna Cápac, porque lo heredó como de la panaca Tumipampa el príncipe Paullu, quien lo habitó en la época española, en vez de haber pasado al ayllu particular de Huáscar como habría ocurrido si de su época datara la construcción. Todos datos nos corroboran la brevedad del gobierno de Huáscar.

Su rival Atahualpa era ciertamente bastardo, como de consuno lo atestiguan los cronistas. Sin embargo, le era mayor en algunos años, contra lo que afirma la historia vulgar y rutinaria, atendida a los literales testimonios de los conquistadores primitivos, para quienes la legitimidad se confundía con la primogenitura. No es seguro el origen quiteño materno de Atahualpa, pero dista mucho de ser una infundada y arbitraria conseja de Garcilaso. Lo precedieron en el mismo parecer las tan abonadas Informaciones de Vaca de Castro, Pedro Pizarro, Cristóbal de Molina el de la **Destrucción**, Gómara y Zárate. El nuevamente hallado Huaman Poma de Ayala dice que la madre de Atahualpa era una india de Chachapoyas. Conviene, pues, en que fué concubina alienígena y del Norte. En ningún caso es admisible el singular argumento que algunos modernos emplean, de haber sido necesariamente de sangre incaica la madre del usurpador, porque éste llevaba en su compuesto nombre la raíz de **huallpa**. Bien sabemos que la herencia de los apellidos no era materna por regla general, y que hasta los curacas de las más diversas razas y lenguas, tomaban sobrenombres quechuas o hacían traducir al quechua los suyos peculiares. No creo en la princesa Chiri Pacha del Padre Velasco, fantaseador regionalista dieciochesco, especie de sub-Garcilaso, cuya autoridad han destruído las agudas observaciones de Jijón. Pero sin necesidad alguna de recurrir a los tan dudosos chiris, la madre de Atahualpa pudo muy bien ser una de aquellas infinitas concubinas norteñas que poblaban los serrallos imperiales y que no habían cesado de surtirlos desde los tiempos de Pachacútej. Cieza, que con tanta obstinación niega el nacimiento quiteño de Atahualpa, reconoce que estaba muy difundida la especie, y que la leyenda señalaba como lugar en que nació el célebre bastardo los aposentos de Caranqui, al Septentrión de Quito. Atendiendo a los testimonios de los Incas que inspiraron a Cieza, aquella tradición será en conse-

cuencia infundada. Así, Atahuallpa debió de nacer en el Cuzco, o ser conducido a la corte después del primer viaje del emperador Huayna Cápac a Tomebamba. Pero la madre, que hubo de morir joven y dejarlo de corta edad, no se sabe de cierto a qué linaje pertenecía. Hemos de descartar el de los Hurincuzcos, apuntado por otros, pero que hace de todo punto inverisímil la inquebrantable adhesión que los descendientes de la primera dinastía mostraron a Huáscar. Dicen algunos, como Sarmiento, que se llamó Tojto Cuca y que era descendiente de uno de los Incas Yupanquis. Posible invención atahualpista para mejorar la causa del pretendiente quiteño, porque no hay certeza alguna sobre el verdadero nombre de la concubina. Cieza asegura que era de nación quillaca, precisamente como se llamaban entonces los naturales de Quito y de su región al norte, y que de nombre era Túpaj Palla (**Señorío**, cap. 69). Tenemos, pues, la incertidumbre o la elección entre, cuando menos, tres títulos poéticos para la desconocida concubina madre de Atahuallpa: Túpaj Palla (**princesa resplandeciente**), Tojto (que es **la flor del maíz** o **flor** en general), y Quilla Tuta (que sería **noche de luna**). Los tres no disuenan de la onomástica incaica y de la de los indios americanos en general.

Robusteciendo la presunción del origen quiteño, no falta quien asevere que Atahuallpa fué salvado de la prisión de Tomebamba por otra Quillaco, parienta de su madre. En lo que no caben dudas es en la predilección que mostró Huayna Cápac por este hijo suyo, a quien sacó del Cuzco adolescente para que lo siguiera en sus campañas y que comía siempre en su mismo plato. En cambio, no consta que le dejara en herencia el reino de Quito, como Atahuallpa se afaná en hacer creer a los españoles, porque esa división territorial del supremo poder no se acostumbraba entre los Incas. Conocemos casos de corregencia o asociaciones indivisas, que atrás he explicado; pero nó de disgregaciones. Afirman al contrario los más afectos a la causa de Atahuallpa, como Santa Cruz Pachacuti, que Huáscar tuvo que expedirle o confirmarle el nombramiento de gobernador o sustituto del Cápac Inca en Quito. A pesar de la subordinación y limitación del puesto, desde el principio contó con la adhesión incondicional de los veteranos de su padre. De ellos, muchos eran orejones, como hubo de serlo Challcochima, no obs-

tante el tardío disenso del Padre Velasco; pero de Quizquiz se decía que era un advenedizo, antiguo barbero de Huayna Cápac, y de Rumiñahui afirma Huaman Poma de Ayala que era un indio plebeyo o vulgar. Con la extensión de las conquistas y el despotismo sin valla de los monarcas, la jerarquía hereditaria se quebrantó, y penetraban en los altos cargos curacas alienígenas y simples aventureros afortunados.

La guerra entre Quito y el Cuzco debió de encenderse pronto. No es posible prestar fácil asenso al sistema de muchos cronistas, o sea a los siete años de pacífica convivencia de los rivales, muerto Huayna Cápac, porque, en edad tan próxima a la Conquista y que ha dejado ya tantas tradiciones, no hallamos sucesos con que calmar estos largos años vacíos, y porque vemos que las rencillas comenzaron con acritud cuando en los funerales de Huayna en el Cuzco se quejó Huáscar de la sospechosa ausencia de Atahualpa y cuando envió a un ministro suyo para recoger el serrallo del padre, cuya apropiación constituía uno de los más claros signos de herencia imperial. Recuérdese el caso análogo de Absalón en Israel, que se adueña del harén de su padre David. Atahualpa no dejó de hacerlo (Cieza, **Señorío**, cap. 70); y una de sus primeras quejas se motivó en haberse llevado al Cuzco Atoji, el embajador de Huáscar, las estatuas y concubinas de Huayna que estaban en Tomebamba. No es de creer que tales disputas se amortiguaran y dilataran por varios años. Huáscar despidió afrentosamente a los embajadores de su hermano, enviándolos con las camisetas y las narices cortadas. Illa Túpac, antiguo consejero de Huayna Cápac, quien lo había nombrado como tutor o coadjutor de Huáscar hasta su coronación, abandonó el partido del Cuzco y se declaró por Atahualpa. La guerra fué larga y empeñosa, aunque no llegara ni con mucho a los cinco años del novelesco Cabello Balboa; mas tampoco hemos de admitir que no hubo en ella sino una sola batalla campal y que fué rápida y sorpresiva la campaña, como tan erróneamente lo afirma Garcilaso. El primer encuentro fué favorable a los del Cuzco, que tomaron preso a Atahualpa, el cual se escapó luego de la prisión de Tomebamba aprovechando el descuido y la embriaguez de los vencedores. Se rehizo en Quito; y volvió a atacar a los de Huáscar muy cerca de los iugares en que había si-

do vencido, o sea entre Ambato y Ríobamba, en Molle-Ambato, Mocha o Ingaucru, donde aun quedan señales de estos combates. Apoyaban decididamente la causa del Cuzco los habitantes del Cañar, incanizados desde hacía varias generaciones. Los Cañaris vivían en derredor de Tomebamba, residencia favorita de los Incas. Recientemente habían jurado fidelidad a Huáscar en el templo de Mullucancha ante la estatua de oro de Punchau, traída del Cuzco y en cuyo seno se guardaban las cenizas de los corazones de los Incas antiguos. Uno de los enviados de Huáscar debió de ser colla, porque se llamaba Janco, como hubo de ser colla igualmente el leal gobernador o *tucuyricuj* de los cañaris, Urcu. En esta segunda campaña alcanzó Atahualpa al frente de sus aguerridas tropas una victoria completa contra los cuarenta mil hombres que acaudillaba Atoj. Murieron cerca de quince mil. Los generales de Huáscar, que eran Atoj y Urcucolla, cayeron prisioneros y fueron torturados de manera atroz, con refinamientos de barbarie. Les sacaron los ojos, los asaetaron, de sus cráneos forrados en oro hizo Atahualpa copas en que beber, y de los cadáveres de cuantos murieron en el campo de batalla mandó levantar pirámides horrendas, como un conquistador asiático. En castigo de su fidelidad, Tomebamba fué asolada. En vano salieron a implorar la piedad del vencedor columnas de hombres y niños que agitaban ramas verdes en las manos. Atahualpa no perdonó sino a las *ajllas* del Sol y a algunas criaturas. Pasó a cuchillo a sesenta mil personas. Repartió entre sus soldados las viudas y huérfanos de las poblaciones destruidas y dejó yerma Tomebamba, la cuna y capital predilecta de su padre. No sólo Jerez, sino el decidido atahualpista Santa Cruz Pachacuti lo confirma.

Después de esta catástrofe de los ejércitos cuzqueños, hubo al parecer una pausa en las operaciones de guerra. Atahualpa, que al principio de su gobierno como *ranti* había dominado una sublevación de los huancavilcas, aprovechó la temporada de semi quietud para contener a los quijos y cocamas del Oriente, que amenazaban la desguarnecida Quito. Por su parte Huáscar congregó tropas frescas y acabó de apaciguar los confines de los brácamoros. Al frente del nuevo ejército peruano puso a Huanca Auqui, que unos creen hermano suyo y otros primohermano, como hijo de Apu

Ilaquita, el antiguo gobernador o virrey del Cuzco bajo Huayna Cápac. Los cuzqueños y cañaris, apoyados por los contingentes chachapoyas, que se mostraron en esta coyuntura muy fieles, ofrecieron resistencia en Cajas de Palta, que puede ser la sierra o nudo de Cajanuma al sur de la moderna Loja. Desbaratados allí, hicieron frente de nuevo, al norte de Huancabamba, en otra Caja (frecuentísimo nombre para los puertos o **angosturas** de las cordilleras peruanas), junto a la laguna que se llama todavía de las Huarangas, y las estancias de Jumbe y Sapalache. Por un movimiento que acredita cierta pericia estratégica, los capitanes de Atahuallpa cortaron en dos porciones el ejército de Huanca Auqui, arrojando las tropas de los chachapoyas al Este, hacia la provincia de los huambos, y los pueblos de Cutervo y Socota. Huanca Auqui no logró rehacerse sino entre Cajamarca y Huamachuco. Sus fracasos habían despertado graves sospechas en la corte cuzqueña; y se refiere que poco después de las derrotas entre Tomebamba y Cajanuma, le enviaron por escarnio ropas y preseas femeninas. Acude a la memoria la anécdota bizantina de Narsés.

Atahuallpa se fué a Tumbes, a proveer la defensa contra los isleños de la Puná, que se habían declarado por Huáscar y que habían destruido los principales edificios tumbecinos. Cuentan algunos que en esta expedición salió herido Atahuallpa de un flechazo; otros, como Cabello Balboa, la niegan. Más abajo de Huamachuco, entre Conchucos y Huari, hubo otra reñida batalla. Challcochima señaló con precisión el sitio, cuando volvió a pasar por él ya en compañía de los españoles que regresaban de Pachacámac. Según consta en el diario de Estete, refirió Challcochima que junto al pueblo de Huari tuvo un encuentro con los de Huáscar, en las orillas de un río grande y hondo. Los peruanos se resistieron dos o tres días; quemaron el puente; y Challcochima y los suyos tuvieron que pasar a nado e hicieron gran mortandad en los cuzqueños que estaban en la otra banda. El río a que Challcochima se refiere, entre Huari y Piscobamba, puede ser el Marañón, o el de los Conchucos, que pasa junto a Chavín. A estos combates los denominan otros cronistas los de Huánuco, porque efectivamente se dieron en lo que constituía la jurisdicción de la ciudad de Huánuco el Viejo. Otros se libraron en Pumpu o Bombón, en las riberas

de aquel lago de Chinchaycocha, en que tuvo Huayna Cápac sus balsas o navíos de placer. Con refuerzos de huancas y yauyos, los derrotados cuzqueños presentaron una nueva batalla en Yanamarca, lugar que está entre Tingo y Jauja. Siguieron defendiendo encarnizadamente el valle del Mantaro, que se llamaba Angoyaco; y la resistencia fué de más de un mes en las cercanías de Izcuchaca, que por su posición ha sido hasta en la época republicana el perpetuo eje de las guerras en el Centro del Perú. A fin de socorrer a Huanca Auqui, el orejón Mayta Yupanqui trajo una hueste nutrida de soldados del sur del imperio, cuyo principal campamento se estableció en Paucaray, lugar de puna, capital antigua del Hancohallu chanca, desde la cual se domina la cuenca del Mantaro. Los tenientes de Atahualpa, Challcochima y Quizquiz, habían engrosado mucho sus ejércitos, obligando a incorporárseles a los curacas de la región conquistada, bajo pena de exterminar a las familias de los que fueran remisos. Cuando cedió la línea del Angoyacu, después del mes de resistencia, los generales de Huáscar retrocedieron hasta la otra capital chanca, Vilcashuaman, centro religioso y político de esta porción del país. En la inmediata cuesta ofrecieron otra batalla de resultados tan infelices como las anteriores. Desde Vilcas al río Apurímac, advertimos en diversas crónicas las huellas de la reñida y luctuosa retirada, en que menudearon los combates: en Andahuaylas la grande (llamada así para distinguirla de la vecina al Cuzco), Píncos, Curampa, Huancarama, Cochacasa y Abancay (Véase Cobo, Sarmiento, Cabello Balboa y Juan Santa Cruz Pachacuti).

Las abultadas cifras de combatientes que trae Santa Cruz Pachacuti demuestran la profunda impresión que los lances de esta guerra hicieron en la imaginación popular. Ordenó Huáscar plegarias y ayunos extraordinarios; y le acudieron nuevos ejércitos del Collao, Carangas, Tucumán y Chile, y hasta escuadrones de flecheros de los Antis, Chunchos y Chiriguanas. Debió de ser una masa heterogénea, comparable a las muchedumbres orientales, a los abigarrados contingentes de los reyes egipcios y persas, por ejemplo. Aunque de razas belicosas, carecían sin duda del empuje y la disciplina de los veteranos que capitaneaban Challcochima y Quizquiz. Atahualpa entretanto se vino a Huamachuco; y para

vengarse del famoso oráculo del lugar, que vaticinaba en favor de Huáscar, rompió la efigie, deshizo el adoratorio, mató al principal hechicero y ordenó perseguir y extirpar a los demás de ese distrito.

En Curahuasi, a catorce leguas del Cuzco, defendiendo el paso y la ribera occidental del Apurímac, los collas y chilenos de Huáscar alcanzaron a contener y desviar la arremetida de los de Quito. Otro golpe de auxiliares subió por Velille y Chumbivilcas para atajar a los de Atahuallpa en el lado de Cotabambas. Aquí los collasuyus vencieron en un combate a los invasores. Por las palabras de Huáscar después de esta victoria, han querido inferir algunos que confesó el monarca la descendencia colla de los Incas. No hay tal cosa. Esos comentadores han leído muy de ligero el texto de Sarmiento de Gamboa y no se han tomado el trabajo de compararlo con la aproximadísima versión que da la *Miscelánea* de Cabello Balboa, por la cual se ve muy al contrario que Huáscar exhortaba a los Orejones a no mostrarse menos valerosos que los collas y chilenos, sus antiguos y constantes súbditos. Huanca Auqui, el desdichado general, había presentado de rodillas sus descargos a Huáscar y obtenido el más amplio perdón regio. Parece que siguió en su cargo de comandante; pero el mismo Huáscar, después de una visita al templo de Huanacauri, asumió en persona la dirección de la guerra y puso su tienda en medio del enorme campamento asentado en la llanura de Anta. Tal vez se imaginaba repetir en esas mismas tierras las felices proezas de su antepasado contra los chancas. No está muy claro cómo Challcochima y Quizquiz vadearon el Apurímac y subieron a las alturas de Limatambo. Los cuzqueños en un encuentro les quemaron mucha gente, incendiando el pajonal de Huanacopampa. Mas, a pesar de estas parciales ventajas, la batalla definitiva se empeñó y a no más que a legua y media del Cuzco, en el lugar llamado Cnontacasa o Quepaypa. Hubo en ambos partidos las consabidas escenas de agorería, la inspección de entrañas en los sacrificios humanos de la *callpa* y otros sortilegios de los umus o hechiceros. Refiere Santa Cruz Pachacuti que los generales atahualpistas entraron con gran confianza y denuesto en la pelea, porque de los dos bultos que representaban a los hermanos contrincantes, puestos al fuego, había prendido el de Atahuallpa y se había apagado muy pronto el de Huáscar.

El ejército cuzqueño se vió dividido en varios trozos. Challcochima y Quizquiz obtuvieron la más completa victoria. Exterminados los cargadores del Inca, que eran los naturales de Lucanas y Camaná, los quiteños se apoderaron de la litera imperial y derribaron de ella a Huáscar, como los españoles habían de hacerlo pocos meses más tarde con Atahualpa en Cajamarca. Su hermano Titu Atauchi fué preso en la retaguardia de los fugitivos. Mientras continuaba el desbande general de los cuzqueños, condujeron los vencedores a Huáscar y a sus principales familiares y magnates a unos aposentos a cosa de media legua del Cuzco, donde lo depositaron encadenado y bajo buena guarda. En recuerdo de tan triste espectáculo pusieron a este lugar el nombre de Quehuipay (dislocación, subversión, revolución o traición). Las columnas enemigas dieron vista a la capital por la cuesta de Carmenca y por el cerro de Yahuirá o Piccho, allí donde el propio Huáscar había hecho erigir dos halcones de piedra en honor de su **huauqui** o totem particular. Los cronistas cuentan que de la ciudad se elevaba un gran rumor de llantos desgarradores y desesperados alaridos. Los indios, por su natural gemebundos, tenían que lamentar calamidad tan inaudita como el vencimiento de la metrópoli sagrada; y comprendían que iban a proseguir las venganzas y mortandades. En efecto, la ciudad fué saqueada. No respetaron más que el Coricancha y el convento de las **ajllas**. Quizquiz y Challcochima convocaron en Quehuipay a los clanes de los orejones más principales, para que junto con los ya presos rindieran homenaje y adoración a la efigie de Atahúallpa, prometiendo perdón a cuantos obedecieran. Con esta esperanza desfilaron los ayillos incaicos ante su rey cautivo, amarrado de pies y manos, sobre una yacija de cuerdas. Entonces o poco después le horadaron los hombros, astillándoselos, para pasarle por dentro de la herida unas soguillas, tal como lo hacían los asirios y babilonios. Lo atestiguan en este caso los primeros conquistadores castellanos. En estado tan lamentable tuvo que sufrir Huáscar los reproches de sus vencedores y hasta los de su madre, que al parecer quería congraciarse con ellos. Los orejones cumplieron con la ceremonia de adorar, o como en el Perú se decía **mochar**, al bulto que representaba al nuevo soberano, prosternándose ante él en dirección al norte, por hallarse

Atahuallpa todavía en Huamachuco, de donde no se movió hasta que la venida de Pizarro lo obligó a regresar a Cajamarca.

Después de haber los Incas del Cuzco acatado en Quehuipay la imagen de Atahuallpa, besando el aire y ofreciendo cabellos y pestañas, y de aclamarlo como **Ticci Cápa**j (señor de todas las extremidades del mundo); se vieron defraudados en sus esperanzas de amnistía, porque muchos fueron presos y algunos muertos allí mismo. Huáscar y la Coya viuda, su madre, continuaron vituperados y maltratados. Peores cosas aún ocurrieron en los días siguientes, cuando llegaron órdenes expresas e implacables de Atahuallpa. Delante de Huáscar mataron a muchas de sus hermanas y concubinas, ahorcándolas en estacas que formaban hileras por el camino de Jaquijahuana al Cuzco. Mataron también a todos los hijos de Huáscar, que pudieron haber a las manos, sin reservar por entonces para que lo acompañaran en su cautividad sino a los dos legítimos. A las mujeres preñadas les abrían el vientre, y les sacaban los fetos por los ijares. Para mayor tormento Huáscar maniatado asistía a martirios tan horribles. La carnicería se extendió a los ayllos que se habían distinguido más por adhesión a su causa. Tal fué el caso del **Cápa**j ayllu de Túpaj Yupanqui, que fué diezmado. La momia del gran emperador, que había conquistado Quito y que era abuelo común de los dos adversarios, fué quemada públicamente en el lugar llamado Rocramuca, junto al Coricancha. El mayordomo de su cofradía, ahorcado, lo propio que casi todos los asistentes, yanaconas y ajllas que le estaban dedicados en especial. Se encarnizó la matanza contra los pueblos cercanos al Cuzco, habitados por determinadas parcialidades de orejones, y contra los cañaris y chachapoyas de guarnición en la capital, que como sus connacionales habían sido tan fieles al partido de Huáscar. Este cúmulo de horrores está probado por el concorde testimonio de los cronistas españoles e indios, hasta de los más inclinados a Atahuallpa. Años hace que rebatí las impugnaciones y atenuaciones formuladas por Prescott. Los que salvaron, entre los innumerables miembros de la familia imperial y de la casta de los orejones, debieron la vida a haber huído a las selváticas quebradas de los Antis o a las regiones del sur, que los atahualpistas no llegaron a ocupar. Así escapó Manco, heredero presunto por ser hijo

de la tercera Coya. Se alejó a tiempo, en compañía de uno de los sacerdotes del Sol, cuando ya el primer Huillac Umu y su auxiliar Rupaca estaban presos junto con Huáscar y los supremos dignatarios. Manco vagaba disfrazado de indio del pueblo, seguido de un solo paje, hasta que la invasión de los españoles le permitió recuperar sus insignias y jerarquía. En cambio, el otro hermano Paullu fué perdonado por los generales de Atahuallpa, porque había reñido con Huáscar, quien lo tenía preso a consecuencia de una intriga amorosa del serrallo. Una de las hermanas y mujeres de Huáscar, Cusi Huarca, con una hija suya del mismo nombre, que fué después la esposa de Sayri Túpaj, se ocultó en los bosques de la región oriental. También se salvaron entre otras ñustas hermanas de Huáscar, Quespi Cusi Huayllas (cristal de alegría), que era la futura doña Inés, manceba de Pizarro, luego casada con el conquistador Ampuero en Lima.

Por fin, se puso en marcha hacia el norte la miseranda caravana de los principales rehenes. Acompañaban a Huáscar la Coya su mujer Chiqui Huipay y sus dos hijos, sus dos hermanos Titu Atauchi y Túpaj Atau, la Coya madre Rahua, los capitanes Huanca Auqui, Ahua Panti y Páucar Usnu, el sumo sacerdote Chalco Yupanqui, el segundo mayordomo del Sol Rupaca, y otros altos ministros. Todos ellos fueron ejecutados de manera salvaje y clandestina, como en una célebre tragedia monárquica de nuestro siglo. Los ahogaron a los pocos meses en Andamarca (la actual Mollepampa), junto al río Marañón. Decidió su muerte el temor de Atahuallpa a verlos libertados y restablecidos por los españoles a cambio de promesas de mayor rescate.

La ceguera regionalista, el afán político espectacular y la ignorancia de la historia, tres dolencias que a menudo van juntas, han intentado rehabilitar la repulsiva figura de Atahuallpa; y arremediando en sus empeños estos últimos años han llegado a presentarla como prototipo de peruanismo, elevación moral y entereza. Basta revisar lo poco que he apuntado y hojear lo que dicen los testigos presenciales para saber a qué atenernos sobre tan descabellados y absurdos propósitos. Hay que adulterar por completo la historia para que resulte modelo de peruanismo el caudillo quiteño, desde el principio separatista, después usurpador y felón, que di-

vidió el imperio, violó y holló todas sus leyes, quebrantó y profanó sus tradiciones, procuró extirpar las memorias de sus quipos, como las Informaciones de Vaca de Castro lo comprueban, y fué el principal culpable de la escasa o nula resistencia que los conquistadores españoles encontraron. Los mismos que reconocemos los méritos de la conquista castellana y nos enorgullecemos con su herencia, no podemos menos de lamentar que, por obra de Atahuallpa, los indígenas con quienes nos hemos fundido y colaboramos no presentaran aquella defensa porfiada y heroica, que si bien hubiera aumentado las dificultades de la colonización cristiana, la habría hecho al cabo más robusta y viviente, infundiendo el respeto mútuo que es prenda de unión fecunda y gloriosa. Pero el Tahuantinsuyu, con la devastadora y sacrilega guerra civil emprendida por Atahuallpa, era un país moralmente deprimido y exhausto, que había perdido la fé en sus principios tutelares, ultrajados y vulnerados todos por la soldadesca atahualpista, según lo demuestran a cada paso los sucesos que hemos referido. La clase directora de los Incas, aniquilada casi y profundamente demoralizada por los inauditos furores del triunfante bastardo, tuvo que recibir como auxiliares bajados del Cielo a los que, por todas las apariencias, venían a vengarla y a impedir su exterminio. Las atrocidades horripilantes de los generales quiteños están muy ostensibles en las páginas de los primeros cronistas. Quizquiz, según Pedro Pizarro, a los prisioneros o sospechosos los hacía matar propinándoles grandes cantidades de ají. Otros textos aseguran que los asfixiaba, dándoles humo en las narices. Su émulo en maldades, Challcochima, el envenenador de Tuparpa, el torturador de Huáscar, descalabraba a los caciques presos, y tendidos en el suelo aplastándoles las cabezas, con piedras enormes como lo hizo en Huamachuco delante de los conquistadores castellanos, a los cuales costó trabajo no escaso atajarle estas crueldades. Cuando volvían de Pachacáma, Hernando Pizarro y sus compañeros hallaron en la plaza de Jauja a Challcochima, cuyas tropas llevaban lanzas en que aparecían clavadas cabezas, lenguas y manos de los partidarios de Huáscar. El aspecto era tan espantoso que los duros conquistadores se sobrecogieron y espeluznaron. Digno amo de Quizquiz y Challcochima era Atahuallpa. Ya preso, usando de las

mismas pérfidas cautelas con que ordenó matar a Huáscar y a toda su familia y comitiva, hizo que en el camino del Cuzco asesinaran a otros dos hermanos suyos, a quienes fingió autorizar para el viaje. Bebía chicha en el cráneo de otro hermano, según de ello se jactaba ante los asqueados y atónitos españoles. Sus ojos encarnizados, rojizos, sanguinolentos, patentizaban la ferocidad del ánimo. Mas, a pesar de su tan decantada dignidad y entereza, se mostraba alegre, locuaz y casi jocoso con sus sojuzgadores y carceleros. Llamaba perros a sus súbditos de Manta y Túmbez. Lloró cuando se supo condenado a muerte; y al fin resignado a morir, dió a los blancos el infame consejo de matar, después de sus días, a la mitad de los indios en cada provincia, para asegurarse la docilidad del resto.

Al estudiar la historia de los conquistadores castellanos y lamentar las crueldades con que se mancharon, como suele ocurrir en todas las guerras, debemos recordar los sucesos que habían antecedido, y comparar aquellas discutibles responsabilidades con las inmensas de los que Pizarro y los suyos reprimieron y reemplazaron.

DECIMA CUARTA LECCION

CARACTER GENERAL DE LAS INSTITUCIONES INCAICAS

Cierro este primer curso con la presente lección. Lo abrevio para que los discípulos tengan tiempo de preparar los demás exámenes, y para dedicarme a otro estudio histórico que me urge. Procuraré hoy expresar sucintamente los rasgos esenciales de la civilización incaica, ateniéndome a las autoridades más fidedignas. La impresión de conjunto no será la que se desprende de los clásicos **Comentarios Reales** de Garcilaso, que como decía González Suárez, el sabio Arzobispo quiteño, parecen, por su benignidad, sencillez e inocencia, páginas del Año Cristiano. El imperio incaico no es un blando idilio con música galante, según lo imaginaron los garcilasistas del siglo XVIII y de buena parte del XIX. Hay que restituirlo a su

clima verdadero; y compararlo con ciudadano (porque sin comparaciones no puede haber ciencia, ni perspectiva, ni clasificación, ni conocimiento alguno) con los imperios orientales primitivos y bárbaros, en particular, como lo he venido haciendo en estas lecciones, con el Egipto faraónico y la China arcaica, que se presentan como sus arquetipos genuinos y fraternales, por espontánea coincidencia. Esos son sus remotos hermanos mayores, que le llevan respectivamente, en muy moderada cronología, 4,000 y 2,500 años de ventaja.

Desde el Padre Acosta, el Conde Carli y Prescott, se han indicado las obvias semejanzas que con la China presenta. Dije en mi tesis juvenil que el Tahuantinsuyu fué "una China joven, destruida en los primeros grados de su evolución". Hay que comparar en efecto el Perú incaico con la época más antigua de aquel país, con la de las dinastías Yin y Tcheu, las dos primeras ciertas (pues la Hía parece del todo mítica), aunque las similitudes permanentes de raza, tipo físico, relativo aislamiento geográfico y carácter moral, mantengan mucho del paralelismo extraordinario, bastante después, cuando menos hasta la sexta dinastía inclusive, o sea hasta el fin de los Han. Pero es la China de la edad del bronce, poco antes del término de los Tcheu, la que de veras coincide con la historia incaica. Las únicas diferencias notables están en que ya existían y se utilizaban los caballos en esa China adolescente, y se empleaban en ella los carros, y en que las llanuras chinas dominaron y civilizaron a las sierras, al revés de lo que en el Perú sucedió. En todo lo demás hallaremos homologías profundas o analogías casi perfectas: Culto del Cielo, del Sol y de los antepasados. — El Señor de Arriba, Hao-t'ien Chang-tí, el dios supremo del antiguo panteón chino, que desciende a la tierra para vigilar los cuatro puntos del horizonte (los cuatro *suyus* quechuas), crear a los pueblos y a los reyes, e imprimir en las rocas las huellas gigantes de sus pies, recuerda muchísimo al dios peruano Huiracocha. Los diferentes soles, difuntos y nuevos, símbolos de los ciclos humanos, según el sucederse de las dinastías y las capitales. — El gran dragón alado imperial es el amaru. — El Río del Cielo, y el Gran Abismo (Kan-yuan) sobre el que flota el País del Medio y en cuyas aguas todos los días se baña el Sol, se reproducen en ambas

mitologías; lo mismo que los monstruos que causan los eclipses al devorar el Sol o la Luna, y a los que se conjura por medio de ruidos de vocería y atambores (Son el tan-chú y el K'i-lin chinos, que los peruanos incaicos imaginaban como una zorra o un jaguar).— Las continuas consultas, en todos los negocios públicos y privados, a los sortilegos y a los espíritus de los abuelos.— Los frecuentes banquetes oficiales a los muertos ilustres por quienes comen, representándolos, sus descendientes y servidores.— El precepto de acompañar esos banquetes funerarios con cantares históricos en alabanza de aquellos antepasados y sus estirpes, y con bailes sagrados o pantomimas de sus hazañas, de las que nace el teatro indígena.— Los sacrificios humanos, a veces de brujos, en las fiestas de funerales y en casi todas las solemnes.— La obligatoria embriaguez en todas ellas.— Ofrendas de cabezas humanas.— La Gran Purificación con antorchas, a orillas de los ríos, bailando la danza de la culebra y arrojando bolas de paja y de una cierta mazamorra (el **No** chino, que con muy pocas diferencias es el **Situa** incaico con sus **pancuncu** y **sancu**; y el **taqui** de la sogá de cuatro colores, que reproduce el baile chino en la región de Lú al principio del tercer mes del año en el río Yi, al solsticio de invierno).— La ceremonia del fuego nuevo frotando dos palillos (La **uyaca** quechua), o por medio de un espejo ustorio (rirpu).— La Fiesta de la Agricultura, en que, iniciando el año de labranza, el monarca araba el campo sagrado, que era el **xien meu** en China, situado siempre al sur de la capital; y en el Cuzco, no el andén de Collcampata, como creyó Garcilaso, sino la chacra de Sausero en el camino meridional, el de Collasuyu.— El sacrificio peculiar que en China ofrecía el Emperador y que era la demostración de su autoridad suprema, equivale al cápaj-raymi y al cápaj-cocha incaicos.— La pareja civilizadora de Ni-Hi y su hermana Niu-Cuá, a la de Manco y Ojillo.— El gran T'an Fu, progenitor de la dinastía Tcheu, y su esposa la hija de Kiang en K'i-Tcheu, que emigran desde la región solariega; y por mandato divino y agüeros de los totemes animales que conducen, se establecen en una nueva comarca, y allí combaten y ahuyentan a los bárbaros **kuen**, mensuran los campos y abren canales de riego, tienen como réplica exacta en el Perú las tradiciones de Manco, sus hermanas y sus Ayares. Para mayor si-

militud, los sucesores de T'an Fu, que cantaban en himnos los recuerdos de aquel itinerario, extendieron su dominación sobre las tierras originarias, como los de Manco sobre Pacaritambo y el Collao.—Hay muchas huellas de totemismo.—Predomina la agnación, no sin indicios y rezagos de la antigua uterinidad.—El Sumo Sacerdote, ya sometido al poder del rey, es en China el Taisong o el Tsong Po, y en el Perú incaico el Huillac Umu.—La imposición de nombre definitivo a los mancebos y su iniciación en la vida guerrera con el **huarachicuy** no carece tampoco de paralelismos chinos.—Los hallamos hasta en modas que sobrevivieron, pues un cronista relata que los sacerdotes incaicos llevaban las uñas muy largas, como los mandarines.—En las antiguas dinastías chinas hay casos de asociación al poder supremo o de herencia del trono por colaterales, como en las dinastías incaicas, y especialmente en el tiempo de Pachacútej y sus dos hijos.—La etiqueta de las audiencias imperiales exigía en ambos países que no se hablara con el soberano, sino que se recibiera la respuesta, en presencia suya, de un ministro.—El quitasol y el palanquín del monarca asiático, son la **achihua** y las andas del incaico.—El supremo consejo de ancianos y guerreros Orejones, es el **Hia-Chang**.—Las **panacas** privilegiadas y genealógicas, son los **sing**.—En la división de clases de las dos sociedades tan jerarquizadas, los Orejones vienen a ser los **che**.—Los hijos de los señores regionales se educan en la corte.—Los miembros de la nobleza primaria y secundaria reciben donaciones precarias e inalienables de tierras, que se parecen mucho a los feudos.—Después de guerras victoriosas, hay minuciosas ceremonias de triunfo, con desfiles solemnes en la capital, y sacrificios de cautivos al Sol y a los reyes difuntos.—Hay cacerías reales obligatorias (chacos peruanos).—Escudriñadores y frecuentes viajes imperiales por las provincias.—Diferencias notables entre palacios y meras residencias, según estén en las metrópolis o en el campo.—Virreyes que asisten en la capital (como los cuatro **Hatun Apu** de los Incas).—El secretario general incaico, de que Santillán habla, responde al K'ing Che de los Yin y de los Tcheu.—Hay muchos pesquisidores o inspectores regios, que en el Perú se intitularon a veces **Unaypachacac**.—El **champi** o hacha real es allá y acá el símbolo del poder supremo.—En el sistema rudimentario de trueque,

apenas alborea el primer ensayo de moneda, como parecen serlo ciertas hachas de bronce peruanas.—Pueblos ante todo agrícolas, ocupados en la construcción de andenes y acequias, con campiñas muy pobladas y ciudades de escaso vecindario. (No se olvide que hablamos de la primitiva China).—Hay ya un funcionarismo inmenso, una complicada red de empleados públicos, registros y estadísticas.—La base de la organización social es la comunidad de aldea, que en la China se llama **xing** y en el Perú **ayllo**; y sus terrenos se asignan por lotes anuales a los padres de familia, excepto las casas y jardines, que son de propiedad particular.—Hay diversas porciones de tierras destinadas a los gastos del soberano (Kong t'ien), para las necesidades comunes y para los jefes locales (que son nuestros curacas).—Como consecuencia del régimen territorial, existen en todo el país abundantes pósitos y almacenes comunes.—Numerosos vigilantes públicos de los sembríos y las cosechas (Seu t'ú) y distribuidores de éstas (kiung-yen).—Gobernadores provinciales hereditarios (**Curacas** propiamente dichos).—Régulos sometidos, en calidad de príncipes vasallos, por las remotas fronteras.—Capataces subalternos de las cuadrillas de campesinos y trabajadores, (que en la vieja China se llamaron **seuchang** y en el Perú **camayoc**).—Reglamentación excesiva, gobierno que es una mezcla de tiranía y paternalismo, de próvida benevolencia en las miras sistemáticas y de atroces suplicios en la diaria ejecución. No menores son las semejanzas con el Egipto faraónico en su período del Antiguo Imperio. Muchas todavía se hallan hasta la dinastía décima octava. El Perú indígena fué un Egipto más extenso pero discontinuo, fraccionado, sin Nilo unificador, en que los terrenos bajos y de quebrada se adicionan con dificultad a montañas y mesetas como las de Etiopía; civilización de oasis, entre rocas y arenas, adobes y piedras, acequias, desiertos, sepulcros y momias; nación eternamente dúplice, como el Alto y el Bajo Egipto, en que la rivalidad costeña de Nazca y Chíncha, Pachacá-maj y Chanchán contra el Collao y el Cuzco, y luego la del Norte quiteño contra el Sur incaico, parecen revivir la de Tebaida y el Delta, y sus respectivas capitales, la de Tinis, Nequeb y Tebas, contra Buto y Menfis, Sais y Alejandría.—En la Edad Antigua de Egipto no había moneda ni hierro, y el metal predominante era el

bronce, como en el Perú de los incas.—El calendario egipcio más arcaico fué lunar, como el peruano. Luego se combina con el del Sol; y se divide en tres estaciones de cuatro meses cada una, cada estación con una fiesta principal (Los dos Ráymis incaicos y la Situa).—Subsisten las huellas del totemismo, pero casi siempre agnaticio y endogámico.—La organización de los **nomos** recuerda la de los ayllos.—Hay una rigurosa serie anual y ritual de faenas agrícolas, muy solemnizadas.—El fundamento del culto es la adoración del Sol y de los muertos.—El dios Huiracocha se parece bastante a Osiris y a Horus-Ra. —Hay vislumbres e intentos de monoteísmo.—En las teocracias faraónica e incaica, los reyes son dioses e hijos del Sol, sacerdotes supremos y únicos propietarios de las tierras, son las encarnaciones mayores de la divinidad.—De aquí el matrimonio del rey con sus hermanas, para conservar la pureza de la sangre solar.—Se advierte, en la historia de las dinastías faraónicas, la vicisitud de dos grandes advocaciones solares: la de Amón y la de Atoni, como la de Huiracocha e Inti.—Los Faraones, sobre todo en la XIXa. dinastía, la del apogeo, y en la XX, tienen por corregentes a sus hijos, como algunos Hanancuzcos. —Los monarcas usan triple nombre: el privado, el de entronización o protocolario, y el relativo al culto del Sol.—Poseen también un ave sagrada tutelar, ligada al Sol, el halcón, que en Egipto es el **horus**, y en el Perú el **inti** de Manco.—El cetro o bastón faraónico es en el Perú la **capaj tauna**, el **túpaj yauri**.—Hay, como en China y el Perú, la ceremonia de iniciar el Faraón el año agrícola, arando en persona la tierra.—Cada Faraón edifica una nueva ciudad, como cada Inca ha de construir un palacio nuevo.—Limitan, de hecho la autoridad suprema los consejos de los Grandes y Ancianos, que en Egipto se llaman **sarú** y en el Perú constituyen el senado de los Orejones.—El cuasi feudalismo de la sexta dinastía es el régimen de los Hurin Cuzcos.—Los hijos de los reyezuelos sirios se educan en Tebas o Menfis, ya en el Imperio Moderno, como los de los curacas en el Cuzco.—Se desarrolla igual belicosidad e imperialismo en estos dos pueblos dulces, sumisos y tristes, de carácter gregario, con tan escaso brío individual.—El Huillac Umu, por su importancia y las alternativas históricas de su poder, se asemeja a lo que fueron los pontífices de Amón.—Imaginan a sus di-

vinidades agrupadas en familias celestes, con mujeres e hijos, como se representaban sus huacas los peruanos.—El **doble** egipcio es el **huauqui** incaico.—La momificación se desarrolla en ambos países de modo paralelo y con igual fervor.—Los tejidos son de la misma clase, por el colorido y los procedimientos.—El hieratismo domina en el arte.—La arquitectura plebeya se limita a cabañas de paja y barro.—Los templos más antiguos son de adobes y con altos cuadriláteros piramidales.—Los grandes edificios son de magníficos sillares de piedra, con puertas trapezoidales y techos planos de azoteas, y con estrechas galerías interiores, como los cañones misteriosos de Chavín y Cacha.—Las puertas de los templos miran hacia el oriente.—Presentan singular analogía los palacios pequeños y campestres del primitivo Egipto con los incaicos de la misma clase, como se ve por la descripción de los baños del Inca en Cajamarca.—Predilección por los enanos y deformes (**jumillu** cuzqueños), que danzan ante los ídolos y los monarcas.—En los pocos vestigios de literatura, abundan los apotegmas o máximas, atribuidas a los reyes, y los fragmentos de poemas épicos, inciertos en su cronología, y a veces transferidos o aplicables a varios personajes.—En uno de los coros del Ollantay se dice: **El Inca de Tampu amanece (asciende como el Sol)**, expresión de lo más genuino del ritual faraónico.—No faltan en el antiguo Perú, (Trujillo, Cajamarca, Lambayeque) extensiones de tierras que se cultivaron con artificiales anegos, como los del Nilo.—La mita, trabajo rotativo obligatorio, existió de igual manera en el Egipto y en el Perú.—En ambos imperios, todo el territorio pertenecía de derecho al soberano, el cual cuidaba de alimentar y proveer a su pueblo.—Había en Egipto cabecillas locales y gobernadores regios, que correspondían en todo a los **llajtacamayoc**, curacas **ytucuyricuj**. — Los sacrificios funerarios consistían principalmente en parientes, amigos y servidores enterrados vivos, o ahogados para este homenaje.—En los triunfos guerreros, se degollaban cautivos ante el Sol.—Los pósitos y almacenes públicos debían evitar la escasez de las cosechas y remediar la desigualdad de los campesinos.—Entre las mayores empresas de los reyes, se rememoraban las obras de irrigación y desecación, y las defensas hidráulicas.—Los adornos suntuarios eran con frecuencia de turquesas y de cobre.—Continuos elogios oficiales a

la clemencia del monarca, y efectiva severidad del régimen, cuyas crueldades y opresiones expresan las leyendas de las **pedras cansadas**, que se transmitieron tanto en el Egipto como en el Perú incaico, a título de maldiciones populares contra los ingentes edificios y los padecimientos que costaban y suponían.

Mucho menos significativas y abundantes son las semejanzas que pueden hallarse con los imperios mesopotámicos, el babilonio y el asirio. País de mesetas y desiertos, de acequias y de adobes, ceñido al norte por grandes montañas nevadas, Mesopotamia no deja de ofrecer parecido con determinadas regiones del Perú. De los Incas se puede decir, como dijeron de la Semíramis fabulosa, que "obligaron a los ríos a cambiar de curso para fertilizar las tierras". Tuvieron los caldeos de común con los indios peruanos: la iniciativa en la metalurgia, acá y allá tan innovadora;—la cerámica excelente;—los tejidos esmerados y brillantes;—la comunidad de aldea, como base de la propiedad territorial, con división de lotes por familias, antes que la conquista elamita introdujera la propiedad individual y el testamento;—la forma de templos y palacios en pirámides, con escaleras exteriores;—el paso de la uterinidad a la agnación;—la identidad de varios instrumentos de labranza (por ejemplo, el arado caldeo es idéntico a la **tijlla** peruana);—la trasmigración de pueblos vencidos, en la misma escala que los mitimaes incaicos;—la pericia en la ejecución de grandes caminos;—la exacerbada crueldad en las penas y escarmientos;—el uso frequentísimo de trofeos de cráneos. La antigua colección de Caparó Muñiz en el Cuzco, tiene un **quero** en que el Inca aparece escoltado por eunucos y abanicos de plumas, del carácter más oriental que puede imaginarse. Como los procedimientos babilonios y asirios los heredó el imperio persa aqueménide, no ha de extrañar que continúen con él las semejanzas. Sus amplias vías de comunicación;—el trasplantar en grande escala razas diversas para establecerlas como colonias en las comarcas menos seguras;—el magupal o mogbed, jefe de los magos, que tiene las mismas atribuciones y situación que el Huillac-Umu;—las cuatro porciones del imperio, los **padgos**, que no son sino los cuatro **suyus**;—el núcleo del ejército constituido por la milicia especial de las tribus persas, **melóforos e inmortales**, que corresponden exactamente al cuerpo armado de los **Incas u orejones**, provistos de

picas largas, adornados con zarcillos de oro en las orejas y las cabezas, tocados con rodetes de cuerdas que les ceñían encima de la frente, como los **llautos** incaicos, según se ve por los frisos de Susa, que hoy se guardan en el Louvre;—los correos de maravillosa celeridad;—las satrapías lejanas, semi-autónomas (como Chile, Umahuaca y los Mojos) y los visitadores regios llamados **ojos del gran rey**, todo eso evoca al instante las calzadas incaicas o **hatun-ñan**, los mitimaes, chasquis, gobernadores de frontera e inspectores extraordinarios del Tahuantinsuyu. Ambas son zonas originarias de plantas y animales básicos en las respectivas culturas continentales (la Persia es la patria del trigo y del carnero, como el Perú lo es de la papa y del llama); y de sus cumbres y altiplanicies descendieron sus soldados, en época ya tardía, para sujetar y recomponer los restos de añejas dominaciones, fatigadas o extintas, y ofrecer la última síntesis aborígen, severa y ecléctica, distinguida y otoñal, respetuosa de los usos, de los dinastas y de las religiones locales. Últimas herederas de un mundo multiseccular y cerrado, al cabo se desplomaron a los golpes de la civilización de Europa. Los dos casos se repiten con lejanía de muchos siglos, pero con hermandad anímica indudable. Los antiguos imperios orientales transmitieron a su vez por herencia o imitación sus sistemas administrativos a los mongólicos posteriores. Así aquellos rasgos se presentan de igual modo en los establecimientos que dichos mongoles fundaron y dilataron hasta el Indostán, región que ya de por sí en tantas cosas parece una repetición de América. Sus leones pequeños sin melena son como nuestros pumas; sus indios dulces, soñadores, débiles y a menudo pérfidos, han creado una poesía de que la incipiente americana autóctona es como atisbo o apagada imagen. En el arte plástico, la semejanza con el yunga o costeño no es a veces tan ténue; y el estilo de Chavín por otra parte, con la indefinida multiplicación del mismo motivo animal, recuerda el indostano con su profusión monótona. Todas las cortes mongólicas, en la India, el Irán o sus anexos, se parecen a la incaica, por fastuosas, refinadas y crueles. Cuando leemos el viaje medioeval de Ruy González de Clavijo, advertimos en sus escenas un bárbaro exotismo, muy poco desemejante del que en el Perú retrataron Jerez, Estete y Pedro Pizarro, cien años más tarde. Los **chacatays** de Tamerlán no difieren mucho de los Orejo-

nes. Ni paran aquí las analogías: soberanos herederos, designados en vida del antecesor por éste y por el **Diván** de los deudos dinásticos, evidente superposición de clases; e identificados en la más alta, los sacerdotes y los maestros, **umus** y **amautas** del Perú, que corresponden a los jeques y ulemas, (el Jeq-ul-islam es como el Huillac Umu); —muchas tribus privilegiadas, en que se divide la nación conquistadora y cuyos jefes constituyen el Gran Consejo;—el restringido consejo de los visires, que es el de los apus o virreyes cuzqueños;—correos o chasquis múltiples;—templos y conventos en todos los distritos;—en las provincias, administradores indígenas o **curacas**, responsables de los tributos, que se cobran en especies; de ellos, se asignan grandes pensiones a los dignatarios de la clase dominante;—notables caminos, sorprendentes obras públicas, pontazgos;—prohibición de la mendicidad;—esclavitud personal, por la que a menudo en estos regimenes despóticos se llega a muy altos puestos, como ocurrió en el Perú con algunos **yanacuna**;— ejército de doble composición, en el Perú de Orejones y contingentes provinciales, como en el imperio de Genguis Kan y sus derivados, mongoles y de auxiliares innumerables;—jefes militares de decena, centena y millar;—algunos funcionarios alienígenas, no obstante el predominio de la nación conquistadora, como en las tumbas de Nazca se han hallado gobernadores incaicos cuyos vestidos y tocados demuestran origen chanca;—algunas corporaciones de artesanos y orfebres para alimentar el lujo señorial, como los que llevados de Chanchán trabajan en el Cuzco, y los que en la misma corte regional del Chimú se agrupaban en casas o barrios profesionales, a pesar de la infundada denegación de Beuchat;—desenfrenada poligamia en el soberano y en los magnates, como efecto del sistema netamente patriarcalista. No carecían de razón los primitivos cronistas castellanos para comparar a los indios, obedeciendo a los recuerdos de la Reconquista, con el mundo musulmán. Las semejanzas eran mayores con la porción mongólica de él. El Inca con que se encontraron era como un sultán de Samarcandia, un Tamerlán joven, pequeño y cautivo.

En cambio, son accidentales y superficialísimas las semejanzas que pueden notarse entre el mundo greco-romano y el incaico. Cuando alguien pretende comparar las instituciones latinas y el arte

occidental con los productos del Tahuantinsuyu, descubre por ese mismo intento carecer de verdadera tabla de valores e ignorar el alma profunda de civilizaciones tan desemejantes. En vano sería decir que etruscos y romanos fueron como los Incas pueblos de agricultores, soldados y agoreros, arquitectos y conquistadores, pesados, severos y potentes; que el **huipe** incaico es la misma balanza romana; que las vestales, guardianas del fuego sacro, son como las **ajllas**; que se parecen algunos espejos de bronce de las dos naciones, como se parece su sincretismo religioso en el panteón de ídolos extraños, y la apoteosis de los monarcas. Sobre tan vagas y dispersas analogías prevalece la capital consideración de haber sido el alma de la civilización clásica o mediterránea el **civismo**, la noción del Estado de Derecho, de la personalidad humana, y de su dignidad y honor, ignorada en todos los despóticos imperios orientales, y mantenida en Roma a pesar de la tiranía de los Césares. Reavivada allí por el estoicismo y realizada luego por la religión cristiana, ha venido a ser la base de nuestra mentalidad moderna. Desde sus orígenes griegos, el concepto de la libertad ha transfigurado y ensalzado todas las manifestaciones, del hombre clásico y de sus legítimos sucesores, así en política y ética, como en literatura y plástica. Genera en el primer campo el concepto de **res pública** compatible con la monarquía, pero jamás con el despotismo oriental; concepto que es muy superior a los exclusivismos dinásticos y de clase; y que aun en la postrera decadencia del mundo romano iluminó a sus degenerados filiales de la Edad Media, al tipo carolingio germánico y al bizantino, a pesar de la barbarie de aquél y del orientalismo cuasi sasánida de éste. En el segundo campo, en el estético, lo clásico ario es el dinamismo y la esbeltez del arte. Sería, pues, un paralelo caricaturesco, de meras apariencias fútiles, todo el que se estableciera entre Roma y el Cuzco. Cuanto al respecto se ha apuntado muchas veces, no pasa de pueril exornación retórica, ajena a la debida comprensión del sentido y del alcance de las series y correspondencias en la historia universal. Ya la falta de verdadera escritura en el Perú antiguo hizo su nivel muy inferior al de los imperios similares chino y faraónico, cuya analogía he procurado inculcar. Pero habrá diferencias de grado y no esenciales, como ocurre entre el mundo incaico y el greco-romano. Sólo puede equipararlos el que niegue

toda valoración absoluta y todo criterio primordial. No serían paradojas sino blasfemias y síntomas infalibles de desvario. Significaría el suicidio de la inteligencia y del gusto. Lo único que racionalmente puede admitirse en este debate es la generalísima afinidad entre todas las civilizaciones finales, como en su tan diversa escala lo son la romana y la de los Incas. Por ello predominan en ambas lo mecánico, lo expeditivo y lo rápido, así en los edificios, no obstante su solidez, como en la cerámica de moldes y reminiscencias, lo estampado en el dibujo, someros frescos policromos en las paredes (Tambo Colorado, por ejemplo), despreocupado aprovechamiento de técnicas y materiales anteriores etc. Son momentos de crepúsculo con la exaltación en el resplandor, la acelerada caducidad y la melancolía que los caracterizan.

Donde naturalmente se hallan las más fundamentales semejanzas con lo incaico es en sus contemporáneas y cuasi vecinas sociedades americanas, en las agrupaciones semi-civilizadas de la América prehispánica: en el Anáhuac y entre los mayas y los muiscas. Como ya se ha observado, Méjico superaba al Tahuantinsuyu en riqueza y aparato, y en el uso de jeroglíficos, y le era inferior en extensión territorial y unificación política. También lo excedió el Perú en invención metalúrgica, pues parece que de aquí se propagaron las varias aleaciones del bronce. Son parientes próximos los mitos de Quetzalcoatl y Huiracocha. El cuatro es en ambos países número sagrado de la división celeste y la territorial. Hay invasiones periódicas, venidas de comarcas bárbaras y desérticas (chichimecas, caris); itinerarios de leyenda para la fundación de los imperios y de las metrópolis (nahuas, aztecas, ayares); jardines artificiales de oro en Texcuco y en el Cuzco; barrios propios de oficios, como en Tenochtitlan y en Chanchán. La organización de la propiedad, así mejicana como peruana, radica en las comunidades de aldea (calpulli y ayillos), con parcelas familiares y almacenes comunes. Es semejante la distribución y regulación colectivista de los **tupus** peruanos y de los **tlalmilpa** de Méjico.—Las clases sociales se diferencian análogamente; los sacerdotes y nobles están exentos de tributo, hay en Méjico esclavos personales como nuestros **yanacuna**. Mas a pesar de las radicales identidades de origen y de raza, las evoluciones tienden a ser divergentes en las dos naciones. Si el Perú es un eco de

Egipto y de la China, Méjico se aproxima mucho más a Caldea, Asiria e Indostán. Los sacrificios humanos, agravados por la antropofagia sagrada, alcanzan en Méjico una horrenda multiplicación que el Perú no conoció. No hay recuerdo en nuestra tierra de haberse sacrificado como en Méjico y en ciertas fiestas de una vez más de setenta mil cautivos. Los comerciantes profesionales obtuvieron en Méjico mucha mayor importancia que en el Perú. Los proletarios o **tlacotlin** que alquilaban a jornal sus brazos, por carecer de tierras, no se descubren en el Perú sino de manera muy excepcional y en aisladas provincias, como en Chíncha e Imbabura. Era la mejicana una sociedad más antagónica, despiadada y múltiple que la incaica, una desgarrada democracia militarista, y nó una monarquía patriarcal, aunque sangrienta, como el Perú. Tuvieron siempre los aztecas la dualidad de poderes, civil y militar, que había cesado en el Perú, o nunca se había manifestado con tal relieve y entidad. El mismo gobierno superior de la confederación del Anáhuac no pasaba de una liga electiva, menos regular y coherente que la de la dinastía de los Hurincuzcos, diferentísima de la poderosa concentración de la época Hanancuzco. El inmenso imperio incaico no toleraba dentro de su propia área repúblicas independientes y enemigas, como la de Tlaxcala; ni en sus tiempos de madurez tuvo que soportar rebeliones tan próximas a su capital, como las de la ciudad de Chalco a las puertas de Méjico, porque desde Túpaj Yupanqui los Incas, reprimido ya el Collao, no padecieron más alteraciones que conjuras internas de serrallo, o levantamientos y guerras en las fronteras distantes.

Si con los mayas subsisten las semejanzas religiosas (Cuculcán, manifestaciones totémicas, deformaciones de las cabezas) y paralelismo en las bases económicas (propiedad colectiva del clan, iniciación de la propiedad privada para los nobles, herencia de determinados bienes); si hay, como en el Perú, mayor división de clases que en Méjico y mayor propensión a perpetuar en las familias los honores y distinciones, se alejan en cambio los mayas del Perú incaico por la antropofagia sagrada a la mejicana y la responsabilidad penal colectiva del clan o la tribu, pues los Incas individualizaron bastante las penas. Por último en su total ausencia de la unidad política, que era al revés el indeleble sello de los Incas.

Con los muiscas de Nueva Granada hay mayor similitud, como podría suponerse por la contigüidad de los ámbitos, principalmente en lo relativo a la alimentación. Como los peruanos, tenían papas, quinua, arracachas y coca. Presentaban de igual modo gran parecido los caminos públicos, las tumbas, los sistemas de embalsamamiento, la etiqueta de los soberanos y la educación de los príncipes. Lo mismo en religión. Adoraban a Bóchica (cuya leyenda es la de Huiracocha), al Sol y a las montañas. La maligna esposa de Bóchica, Huytaca, es como el rebelde hijo T'ahuacapa en el Collao. La creación de nuevo Sol y nueva Luna en Tunja se parece en sus términos al relato de Betanzos. Esta nueva creación, con prototipos de bultos y simulacros, no se diferencia de la conocida fábula de las estatuas tiahuanacuenses. El Zipá, rey-dios, es un Inca cuyo poderío se inicia, un Hurincuzco, diremos por aproximación. Los **usaques**, aunque a veces electivos, se igualan con los orejones en insignias e importancia social. Hay también notable semejanza en las fiestas y castigos. Vinculaban como símbolo el arco iris con el sapo, según se ve así en el Titijaja como en San Agustín del Magdalena. Pero tendían a lo mejicano, en la antropofagia y el ritual sacrificatorio. En otras cosas, como en el feudalismo y el fraccionamiento político, reproducían, con alguna fidelidad, la primera época incaica. Todavía más que a los Incas se parecen los muiscas a nuestros yungas costeros, y particularmente a los chimus o mochicas, que eran en realidad sus íntimos congéneres. Por eso mantenían el régimen de filiación uterina o matrilineal, y una especie de moneda de oro, que corresponde a las hachas de cobre para regular la permuta, ya caídas en desuso bajo la dominación incaica. En casi todo, los muiscas se nos muestran como peruanos retardados. Se hallaban en la edad metalúrgica del oro, como los protonazcas.

Las enumeradas analogías y otras muchas que podrían descubrirse patentizan que el imperio de los Incas no fué la extraordinaria y excepcional maravilla que imaginan y proclaman escritores distraídos o mal informados. Como todos los seres vivientes, se origina de un proceso genético, que cuenta con antecedentes numerosos; forma parte de una serie, de un grupo histórico; entra como individuo en una especie conocida y ya clasificada. Ni

es tampoco en manera alguna el paraíso comunista, según repiten en los **magazines** extranjeros los propagandistas o impresionistas de décima clase. No hay que confundir el comunismo pleno, que supone la comunidad tanto en la siembra, como en la recolección y el reparto, con el sistema de tierras colectivas concejiles, tal como se practicó en la mayor parte (y nó en la totalidad) del Perú de los Incas. La comunidad de tierras dentro de aldeas o clanes, ha sido un sistema difundidísimo en todas las sociedades primitivas. A más de las que llevo indicadas, al tratar de las semejanzas con los imperios bárbaros patriarcales, hay que recordar que se halla en todo el norte de Africa, desde Marruecos hasta el Sudán y el Níger, y entre los libaneses, los indostanos y los de Java. Se extendió en el mundo eslavo con el célebre **mir** ruso, y la **zadruga** de Serbia. La hubo en el Japón feudal y en la antigua Germania, antes de la conquista romana y después de ella, con la **marke** de que subsisten vestigios tan notables en Suiza. La hubo igualmente entre los celtas de Irlanda y Escocia, y todavía se descubren sus supervivencias en Italia, especialmente en Cerdeña, y en la misma España. Pero dentro de este tan difundido régimen en la historia de la humanidad hay gradaciones que van desde el verdadero comunismo en el cultivo y el reparto, hasta la particularización y la distribución de la cosecha por lotes familiares. El francés Luis Baudin expone muy bien la cuestión. En un primer período de que son tipos la zadruga yugoeslava y las mismas tierras concejiles que se conservaban en Aragón y León, es común el trabajo de los campos; y asimismo la cosecha se reparte entre todos los miembros de la comunidad, proporcionalmente a sus necesidades. Pero en el momento segundo, consultando la mayor especialización y la mayor eficacia en las faenas, los terrenos de cultivo se dividen en lotes adjudicados a los padres de familia, tomando en consideración el número de los hijos. Cada familia labra por sí su respectiva parcela, reservándose para el hogar doméstico todos o la mayor parte de los frutos. Tal era el procedimiento incaico, como el del **mir** ruso y el de Java. Debió de existir en el Perú una época en que prevalecía la primera forma, la genuina comunista, porque Montesinos, en el capítulo XIX de sus **Memorias Historiales**, dice que el Inca Roja ordenó poner en común las cosechas íntegras, pero que no le obe-

decieron. Si aceptamos aquel testimonio, tendremos que desde el primer soberano Hanan Cuzco se advertía ya la evolución incaica hacia el usufructo familiar precario, realizada igualmente en la Rusia zarista. Del propio modo que en ésta, los sorteos o adjudicaciones de los lotes eran anuales, según lo testifican Acosta y Cobo, Santillán y Garcilaso. Los indios, en su tradicionalismo, propendían a atribuir dichos lotes a las mismas familias o a sus herederos; pero había alteraciones inevitables, porque el sistema de barbechos impone remudar las tierras. No recibían siempre un solo campo, más o menos extenso según el número de la prole, sino con frecuencia parcelas discontinuas, conforme lo apropiado a la diversidad de cultivos. Eran numerosos los ayllos que por dicha razón poseían a la vez terrenos de puna, de ladera y de valle, aun median-do muchas leguas y en diferentes provincias, como los del Collao que enviaban a una parte de sus miembros hasta las riberas costeñas del Sama, para recoger allí los productos tropicales necesarios a su consumo y que en la alta meseta no podían lograrse. Es el mismo caso que observamos en otros países de suelo muy frágil, como la Grecia continental, en que había tribus con tierras de montaña y litorales a distancia de más de una jornada.

A la manera que en el *mir* ruso, las casas y los anexos huertos de los campesinos no entraban en los sorteos anuales, y se reputaban propiedad indivisible de la familia. Es probable que se transmitieran por herencia, como ciertos bienes muebles, pues hay cronistas, como Valera y Huaman Poma, que nos hablan de testamentos, y no parecen restringirse a las clases superiores de orejones y curacas. En otros casos los hijos mayores heredaban por cabezas o estirpes, sin dividirlo con los demás hermanos. Las parcelas de sorteo (llamadas por Santillán *hojas*, en razón de su forma prolongada) no se destinaban todas a repartirse entre las diversas familias: algunas se reservaban para las necesidades comunes del mismo ayllu, para socorrer viejos y enfermos. Es lo que denomina Huaman Poma el *sapri*, el bien exclusivo de la comunidad cuya existencia he señalado en la primitiva China. Para ayudarse en las obras de los riegos, caminos y andenerías, y para cultivar las tierras particulares de los ausentes, había faenas comunes con la concurrencia de todos los válidos del ayllu, que hoy todavía

se conservan bajo el nombre de **mingas**. La necesidad de estos trabajos cooperativos para la irrigación y para la construcción de andenes (**sucres**) fué uno de los motivos principales que mantuvieron en el Perú incaico y posterior la propiedad colectiva, de modo análogo a lo que ha ocurrido en Java y diversos países. Otra de las razones por las cuales los Incas conservaron este régimen y lo instauraron o restablecieron en ciertas comarcas, fué la comodidad de entenderse con un cuerpo solidario para las labores, los tributos y la conscripción de las mitas y del servicio militar, que es lo que determinó la propia recrudescencia o ampliación de la propiedad colectiva de aldea en los tardíos feudalismos del Japón y de Rusia, a partir del siglo XVI.

Los pastos eran comunes, y los ganados en su mayor parte correspondían al Inca o al culto. En las tierras de cultivo, al lado de las sorteables de comunidad de que acabo de hablar, había la parte destinada con toda individuación al curaca, que se trabajaba por prestación obligatoria de los mismos campesinos comuneros (**hatunruna**) o por los brazos de los esclavos personales del jefe, que el Inca le había concedido (**yanacuna**). Sobresalian las mayores porciones, que eran la del Inca y la de las huacas, labradas en primer término por los comuneros de la gleba o por los yanacunas. Las tierras del Inca servían, según Garcilaso y otros, para remediar las deficiencias de la comunidad, y para los gastos generales del soberano y del imperio. Eran las roturadas o irrigadas de nuevo, o las que se juzgaban excedentes, o también las que el mismo Inca había expropiado a título de vencedor sobre los curacas y súbditos vencidos o insurrectos. Por eso cuentan los tratadistas españoles que al tiempo de la Conquista castellana, las reclamaban sus antiguos dueños particulares, recordando con precisión en algunas provincias a quienes habían pertenecido antes de ser incautadas por el gobierno incaico. Casi tan extensas como las propiedades del Inca eran las de la religión, principiando por las del Sol y Huiracocha, y terminando con las de los oráculos y huacas locales. Había pueblos, como Arapa, al sur de Azángaro, que con todo su distrito pertenecían a ciertos templos y sacerdotes, bien sea por el carácter religioso que predominaba en las riberas del Titijaja, bien por confiscación que castigó las porfiadas rebel-

días del Collao. Así que no sin razón pudieron los españoles reconocer en la división territorial incaica la que estaban habituados a ver en Castilla: tierras **concejiles**, que eran las distribuidas en los ayllos; de **realengo**, que eran las del Inca, y de **abadengo**, que venían a ser las de las huacas. Ni faltaban tampoco las de señorío o **solariegas** con las porciones que hemos explicado apartarse para los curacas, y con las donaciones que el Inca hacía a orejones, curacas y hasta meros particulares y esclavos o yanaconas. Estas donaciones de tierras, a las que de ordinario se añadían mujeres y siervos, resultan análogas a las **mandaciones** de la remota Edad Media española. Como ellas, no solían ser hereditarias; pero hubo casos, según muchos testimonios, en que pasaban a los herederos sin dividirse por cabezas, pues quedaban como propiedad o encomienda de linaje al cuidado del hijo o pariente mayor, quien distribuía los frutos por estirpes. Así, como dicen algunos cronistas, fueron a manera de mayorazgos, aunque naturalmente revocables a voluntad del Inca. De las minas y los cocalos, que por regla general estaban incluidos en el directo patrimonio del monarca, se acostumbraban hacer las más preciadas de estas donaciones a los orejones y curacas. Hay autor, el magistrado Matienzo, que va más allá; y afirma que en calidad de estímulo se daban en plena propiedad chacarillas de coca a los indios ocupados en tal cultivo; y por Huaman Poma se ve que los correos de chasquis, casi siempre indios nobles, poseían campos cercanos a caminos en que prestaban sus servicios. También repartía el Inca hatos de llamas entre sus gobernadores, favoritos o indios beneméritos, que podían ser aún esclavos o yanaconas. De modo que había cortos rebaños familiares, al lado de los colectivos o regios y del culto, por más que los pastales fueran siempre comunes. Por último, fuera de los terrenos de la comunidad, es muy probable que hubiera casos excepcionales de parcelas propias, por roturación de baldíos, como ocurre con igual régimen entre los cabilas de Africa y entre los Pielos Rojas. Hay de ello en Huaman Poma claros indicios (pag. 189). Véase pues como la propiedad individual precaria, que tendía a consolidarse con la herencia, siquiera en muchos casos indivisible, envolvía y penetraba ya por todos lados la organización incaica. Junto a las tierras de los ayllos, a las del culto y a las del monarca se mul-

tiplicaban las donaciones semif feudales y las asignaciones permanentes de los curacas, consecuencias ineludibles del régimen señorial, jerarquizado y militarista, que era el del imperio. Debemos imaginarnos el Tahuantinsuyu, nó como la Rusia soviética de hoy, con sus crecientes granjas colectivas, sino como una Rusia zarista, en que las tierras comunes de las aldeas coexistian con las señoriales y las religiosas. El Inca era como un Zar arcaico y pagano, que no hubiera sabido escribir; y que, a más de los siervos de la corona, hubiera contado con muy numerosos esclavos personales (yanacuna). Y hasta dentro de los ayllos el régimen peruano fué muchísimo menos democrático que lo era el antiguo ruso, porque en vez del *starosta* electivo del *mir* regía la comunidad un curaca, cuyo carácter hereditario comprueban los más seguros y primitivos cronistas, no obstante los interesados asertos en las Informaciones del Virrey Toledo.

La herencia, en determinadas funciones religiosas y públicas, no es de dudar tampoco. Ya he tenido ocasión de decir que los sacerdotes del Sol salían del ayllu incaico de Tarpuntay; y que las tribus incas inferiores, como los sútij o tampus, los maras, papris y chilques, suministraban por obligatoria costumbre el personal para ciertos ramos administrativos. No se puede aceptar la ingénuo opinión sobre los Incas de privilegio, o sea sobre los adoptados en las tribus de orejones mediante sus méritos personales. No hay texto satisfactorio que lo autorice. Lo cual no quiere decir ciertamente que el Inca, sobre todo en los últimos tiempos, no eximiera del tributo a cualquier indio, sacándolo por ello de la clase de los de la gleba o *hatunruna*; ni que éstos y los yanacunas no alcanzaran mandos cuando aumentó la homogeneidad y centralización despótica en el gobierno. Pero otra prueba de bastante fuerza para negar la promoción de incas de privilegio, está en que un cronista nos dice que el yanacuna, aunque pudiera ascender en la escala social gracias a la misma agilidad que daba la mera esclavitud como en Oriente, desligado del terruño y adscrito al servicio familiar de la corte y los magnates, no podía en manera alguna obtener ni los sacerdocios del Sol ni el gobierno superior de las provincias con el título de *tucuyricuj*, porque para estas dignidades se requería el privilegio del nacimiento. La primera estaba re-

servada a la sangre incaica y la segunda era accesible tanto a los orejones o Incas, como a los curacas, aunque fueran de extraña provincia, que componían el segundo grado de la aristocracia nativa. Trimborn pretende, no sin verisimilitud, que ambas órdenes gozaban de propiedad individual, porque a más de las donaciones cuasi feudales otorgadas por el Inca, es de suponer que el alejarse constantemente los orejones de sus ayllos solariegos situados en derredor del Cuzco, a causa de los puestos que los retenían en las comarcas lejanas del imperio y la costumbre de que no trabajaran en oficios manuales los altos empleados, habían de acelerar la individuación de esas tierras nobiliarias, cultivadas en su mayor parte con yanaconas. La transformación estaba muy adelantada cuando llegó Pizarro; y no puede considerarse, como Raúl Porras lo insinúa, en calidad de un síntoma degenerativo (Porras, **La caída del imperio incaico**), sino muy al contrario, como el resultado lógico del principio sobre el que se asentaba la organización incaica: guerrera, conquistadora, patriarcalista y jerárquica por forzosa consecuencia. Los Incas no eran por esencia pacíficos, ni igualitarios, ni comunistas, aunque aprovecharan como base social la comunidad de aldea, y establecieran la minuciosa asistencia pública de los desvalidos mediante un sistema de socialismo de Estado, según tantos imperios primitivos, despóticos y belicosos, lo han hecho. Atribuirles una mentalidad de demócratas pacifistas o de soviéticos niveladores, es una de las más burdas y bufas adulteraciones de la historia, que la ignorancia y la inescrupulosa propaganda política de consuno han podido engendrar. No necesita el pasado incaico de tales disfraces anacrónicos para despertar interés e infundir respeto. El Inca era dueño de todas las tierras y todos los habitantes de sus dominios, no por afán de reparto popular, sino por la extrema concentración de su despotismo teocrático, como lo fueron los antiquísimos monarcas de la China y del Egipto, los reyes persas aqueménidas y los sultanes de Mongolia y Turquía, sus verdaderos émulos. Con ellos se empareja y consuena, y no con los revolucionarios de nuestros días. Por eso gobernaba rodeado de una nobleza militar y feudal, que no otra cosa eran los orejones

y los curacas. Hay que repetir y subrayar tan elementales verda-

des de sentido común, porque se acumulan sin cesar en nuestro ambiente informes nubes de tendenciosos errores.

Son innegables las ventajas que dimanaron de la dominación incaica para los mismos siervos de la gleba, los atareados **hatunruna**, por más que sostenga lo inverso el contemporáneo Trimborn. No sólo los de las clases dominantes, sino los indios más humildes, se beneficiaron con la creación del gran estado que acabó con las permanentes contiendas locales y las rencillas intestinas, y que, asegurando la paz en el seno del imperio, trasladó de ordinario las hostilidades a fronteras prodigiosamente remotas; corrigió y quebrantó las tiranías lugareñas de clanes y curacas, sometidos ahora a un poder imparcial y equitativo por supremo; disminuyó el número de los sacrificios humanos, aunque conservara y ratificara el principio para las mayores fiestas y los funerales de los jefes; individualizó casi siempre las penas, aboliendo, salvo casos excepcionales, la responsabilidad colectiva del ayllu y la venganza de grupos; cubrió el inmenso país de grandiosos caminos, canales y edificios; columbró altos principios espirituales y éticos; y despertó en sus súbditos la orgullosa conciencia de integrar una sociedad dominadora y ejemplar que brillaba en medio de las tinieblas de hordas salvajes. A pesar de la rapidez del proceso incaico, poseen sus obras una solidez, un esmero y una elegancia de inconfundible sello gentilicio. La finura de sus tejidos, iguales en lo visible y lo interno; la distinguida cerámica de sus aribalos, que no desmerecen del nombre griego impuesto por la arqueología moderna, y que recuerdan los vasos itálicos de Corneto; la severidad ceñuda de sus templos y de sus palacios; lo que hay a la vez de fuerte y de tierno, de hondo y de robusto, de sobrio y dulce en su mitología y sus leyendas, nos descubren las virtudes de una cultura señorial, patriarcal y depurada. Fué un régimen de madurez, una gerontocracia, en que predominaban la experiencia y el tino. Cieza refiere que a los mandos superiores se llegaba en el tercio postrero de la edad. "Gobierno poderoso y pródigo, aunque en mucha parte tiránico", lo definió exactamente el Padre Acosta. No he ocultado sus defectos de crueldades y despotismo. La coordinación degeneró en esclavitud general y la centralización en mecanismo antivital en artificio superchinesco. Los sistemas, como los hombres, sucumben por la exa-

geración de sus cualidades. El Perú, como las construcciones del Cuzco, tiene rejas, adornos, artesonados y mobiliario españoles, pero los cimientos y los muros son incaicos; y no pocas veces padecemos por ello. Así como en los ejércitos la sumisión y la disciplina son indispensables, pero extremándose destruyen la iniciativa y el brío individual, raíces de toda fuerza, así en los estados que abaten la personalidad por el excesivo orden del conjunto, el desplome ante un choque exterior es fácil y las deprimentes consecuencias perdurables. Destruída con la Conquista la clase directiva, la aristocracia de los Orejones, que era la armadura y nervio de la potencia incaica, los súbditos quedaron rendidos y deshechos, aventados al azar como un pobre rebaño fugitivo de llamas sin pastores. Es muy de observar que los conquistadores no hallaron resistencia o colaboración activa sino en los orejones o en los yanacunas, los dos términos extremos de la sociedad incaica. Ambos tenían alguna espontaneidad y resorte, por el estímulo de la propiedad individual y por la mayor libertad de movimientos. Lo demás quedó inerte, pasivo, postrado, pulverizado, exhausto. De aquí provienen los más graves de nuestros males: la apatía, la fácil sumisión, el esperar todo del gobierno, el servilismo asiático y abrumador, que tanto repugna a cuantos conservan alguna generosidad de alma. Pero el conocimiento de los males que ha heredado la mayoría y la resolución de contrarrestar esa porción fatal de la herencia, no debe llevarnos a la injusticia de desconocer lo favorable y provechoso en la tradición incaica. La posición de todo peruano sensato ha de ser equidistante del indigenismo exclusivo y ciego y del europeísmo anti-incaico. Nacionalistas, tradicionales, restauradores, los Incas escucharon y obedecieron el mandato de unidad que parece bajar de los Andes, a pesar de los eternos obstáculos físicos y la no menos perpetua diversidad de razas de este país. Venciendo la lentitud y la pusilanimidad de los hombres, construyeron un grande imperio cuyos vestigios todavía nos asombran y estimulan. No rigieron al pueblo con riendas de seda, según tan equivocadamente cantó Olmedo, poeta eximio y pensador endeble. No fué su yugo la sedosa cinta celeste del dieciochesco Florián, sino una cadena de bronce, poderosa y recia, con frecuencia manchada de sangre y de sudor. Pero con ese vínculo duro y ma-

cizo consolidaron cosas nobles y grandes. Por ellos nació la patria peruana. La Conquista española, con todos sus innegables beneficios e insuperables excelencias, nos sumó a un mayor imperio, civilizado, cristiano y universal; pero nos convirtió en provincia y en colonia, con la inferioridad y dependencia consecuentes. El paralelo con la República es mucho más aflictivo. Se palpan su incoherencia, debilidad y pequeñez parangonándola con el glorioso imperio bárbaro. De tal modo la organización de los Incas nos sirve de advertencia y de guía, a la par de ejemplo y de freno, nos enseña a la vez lo que debemos evitar o curar y lo que debemos incitar y proteger. Encierra los escarmientos y los vicios, los daños y los bienes, los recuerdos y las esperanzas, los tropiezos y los ideales. Monumento de laboriosidad y paciencia, continuidad y previsión en designios seculares, no hay en él la improvisación y la alegría, la señorial franqueza, la osadía hidalga, el pródigo arranque, el heroico despilfarro del deslumbrante tipo español; pero nos inculca, con no menos necesarias virtudes, los tres preceptos esenciales contra las plagas indígenas: **ama sua**, **ama llulla**, **ama quella**, contra el robo, la mentira, y la pereza, formas crónicas y renacientes del mal, que es por esencia siempre y dondequiera manifestación de cobardía y de ruindad.